



Número 244
Noviembre 2023

HERALDOS DEL EVANGELIO

*¿Qué nos espera
después de esta vida?*

Una muestra de amor

El amor de Gertrudis por el crucifijo era tierno y delicado. Al no poder su piedad soportar que Jesús estuviera suspendido de duros clavos de hierro, un día los reemplazó por capullos de clavel perfumados.

La recompensa por tal acto de piedad excedió todo lo imaginable. Un viernes pasó toda la noche en oración y en ardientes afectos del corazón. Cuando le vino a la memoria el hecho de los clavos sustituidos por capullos de clavel, le preguntó al Señor si tal acto le había sido agradable.

«Sí», respondió Jesús.

«Esta muestra de amor me ha sido tan agradable que derramé sobre las heridas de tus pecados el bálsamo precioso de mi divinidad».

«¿Le concederás esa misma gracia a todos los que así te honraran?», dijo la santa.

«No a todos», contestó el Señor, «sino sólo a los que lo hicieran con el mismo amor que tú; sin embargo, la recompensa de las almas cuya devoción y fervor no igualen el tuyo seguirá siendo grande».

Luego, cogiendo el crucifijo, la santa lo besó tiernamente. Pero sintiendo que le fallaban las fuerzas a causa de aquella prolongada vigilia, dejó el crucifijo y dijo: «Te saludo, amado mío, y te deseo buenas noches. Déjame dormir ahora para recuperar las fuerzas que he perdido durante estos dulces coloquios».

Y se marchó a descansar. Durante ese reposo, Jesús desprendió de la cruz su brazo derecho, lo pasó alrededor del cuello de la santa como si quisiera darle un beso de amor y, acercando su sagrada boca al oído de la santa, le susurró dulcemente: «Escucha, amada mía; también deseo que oigas un canto de amor».

Con voz dulce y suave, Jesús le cantó:

«Mi continuo amor te hace desfallecer; y tu amor suavísimo me ofrece un gratísimo sabor». [...]

Por fin, la santa pudo dormir. [...] Confortada de esta manera, la santa se levantó completamente renovada.

FERREIRA, P. B. Alves. «Vida de Santa Gertrudes». Braga: [s.n.], 1932, pp. 106-107.



HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXI, número 244, Noviembre 2023

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores 4

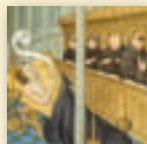
Más allá de la muerte,
más allá de los cielos (Editorial) 5



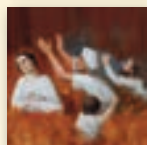
La voz de los Papas –
Fe en la vida eterna 6



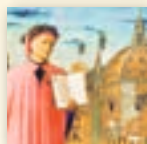
Comentario al Evangelio –
Pescador de hombres 8



«Muertos» que vuelven
para contarlo... 14



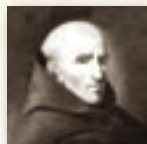
Una vida entre
dos mundos 18



La «Divina comedia» de
Dante Alighieri – Viajando
hasta el amor de Dios 22



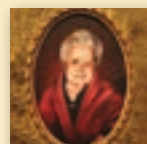
La felicidad de la eterna
bienaventuranza 26



San Leonardo de Porto
Maurizio – «Morir con la
espada en la mano contra
el infierno» 30



La conquista del Polo Sur –
Altaneros como gigantes,
débiles como enanos 34



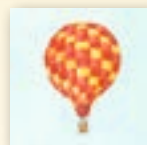
Cuando todo parecía
acabar, todo comienza... 38



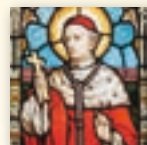
Heraldos en el mundo 40



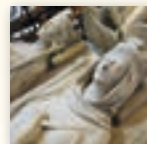
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo 44



Historia para niños... –
Un paseo en globo 46



Los santos de
cada día 48



Monumentos
de esperanza católica 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

CON MARÍA SANTÍSIMA SE CONQUISTA TODO

¡Qué maravillosa historia narrada en el artículo «El sitio de Viena – A través de María serás victorioso, Juan!»! ¿Por qué sorprendernos si con María, nuestra Santísima Madre, sabemos que todo se puede? Ella nos llevará siempre a la victoria.

¡Salve María!

María Guadalupe Rubio-Fischer
Vía revistacatolica.org

PÁGINA DOLOROSA Y SUBLIME

¡Qué escenas dolorosas se han narrado aquí, Señor! Siempre me he preguntado acerca del destino de los hijos de los reyes franceses. Y he aquí que me encuentro —en el artículo «Escondido en las brumas de la Historia... ¡un rey mártir!»— esa página dolorosa y sublime.

Ha pasado tanto tiempo y las lágrimas corren por la mejilla, el corazón sufre como espectador en medio de la insana y cruel muchedumbre.

María de Fátima Batista de Santana
Vía revista.arautos.org

TEMAS NUEVOS Y ÚTILES, SIEMPRE

¡Genial pintor... genial escritor! ¡Genial Santo Tomás! Enhorabuena por el artículo «Nada más que Tomás». Excelente también el artículo «Lumbrera del sentido católico». ¡Esta revista siempre tiene cosas nuevas y útiles!

Mary Smith
Vía catholicmagazine.news

LUMBRERA PUESTA POR DIOS AL SERVICIO DE LA IGLESIA

Acertado y profético el calificativo dado por el Dr. Plinio —en el artículo

«Lumbrera del sentido católico»— a Santo Tomás de Aquino, autor de la *Suma Teológica*, conocido también como Doctor Angélico.

De Santo Tomás se pueden decir cosas excelentes, tanto en lo referente al temperamento y al carácter que conformaban su personalidad: agradable, acogedor, discreto; como a sus virtudes: humilde, obediente, bondadoso; su vida contemplativa: oración y devoción eucarística; o a su admirable valía intelectual.

De una cultura inmensa y gran discernimiento, eje central del pensamiento cristiano en un justo equilibrio entre razón y fe y sumisión a la Iglesia; con una pureza de inteligencia católica, como nos señala el Dr. Plinio, que nunca se sintió atraído ni dio su apoyo a ninguna doctrina herética, fue una lumbrera puesta por Dios al servicio de su Iglesia y que en estos momentos convulsos nos debería servir de ejemplo.

Laura Vítom
Vía revistacatolica.org

«ILUMINADORES DE LAS COSAS DE LA IGLESIA»

Señores ilustrados e iluminadores de las cosas de la Iglesia: me sentí muy agradecido de recibir la revista *Heraldos del Evangelio*, una muestra del trabajo de esta institución. ¡Felicitaciones por la iniciativa!

Francisco Gomes da Silva
Vía revista.arautos.org

HISTORIA QUE AYUDA A REFLEXIONAR

Muchas gracias por la reflexión contenida en el cuento «Ya que no quieres ayuda...», de la edición de mayo.

En la actualidad, está incrementando el número de personas que no reciben consejos, que creen que pueden hacer las cosas ellas solas. Dedicados más al celular, han dejado de observar la naturaleza y de «ser humanos», de

ser personas que sienten cuando están junto al otro, de saber y aceptar que necesitamos de la naturaleza y de los demás para poder afrontar los problemas, las tristezas, las alegrías.

María Elena
Vía revistacatolica.org

EMPEÑADO EN OBTENER UNA GRACIA A TRAVÉS DE DÑA. LUCILIA

Escuché una predicación muy buena del P. Wagner, de los Heraldos del Evangelio de Salvador de Bahía (Brasil). Habló también de alguien que recibió una gran gracia de Dios a través de Dña. Lucilia.

Estoy muy animado por conseguir una gracia muy especial a través de esta noble mujer. Asimismo, me gustaría recibir una estampa suya.

Erasmo Joaquim Monteiro dos Santos
Lauro de Freitas – Brasil

«PODRÉ DAR TESTIMONIO A TODOS DE LA GRACIA RECIBIDA»

Dios es maravilloso y tengo fe de que Dña. Lucilia intercederá por mí, en el momento difícil por el que estoy pasando, y de que Dios me dará esta gracia; y también podré dar testimonio a todos de la gracia recibida, como he visto narrado en el artículo «Asistencia maternal en las necesidades».

Fabio Oliveira
Vía revista.arautos.org

TESTIMONIOS QUE AYUDAN EN LAS DIFICULTADES

Gracias por estos testimonios, reproducidos en el artículo «Amparados por una madre». Acabo de conocer a Dña. Lucilia y he empezado a rezarle para que me ayude a dejar de beber alcohol y de fumar. Por favor, recen por mí. Gracias a todos. Dios los bendiga a todos.

A.
Vía catholicmagazine.news

MAS ALLÁ DE LA MUERTE, MÁS ALLÁ DE LOS CIELOS

Por mucho que se quiera escapar de la implacable realidad de la muerte, hay en el hombre una profunda certeza de que todos vamos a morir. Tal convicción está tan arraigada en lo más hondo de la naturaleza humana que puede compararse con la evidencia de los primeros principios o la de que dos más dos son cuatro. En muchos cementerios se lee la famosa exhortación del difunto a los vivos: «Yo fui lo que tú eres y tú serás lo que yo soy».

El mundo contemporáneo, sin embargo, vive no sólo como si Dios no existiera, sino también como si la hora de la muerte nunca fuera a llegar. Más bien, una de las razones para vivir como ateo consiste precisamente en la negación de la vida ultraterrena. Si Dios no existe, todo está permitido y nada será exigido...

Para ello, el hombre trata de subvertir la finalidad de su existencia, de manera a encerrarla bajo el mantra de los apetitos, de las riquezas, de los honores, del «hacer lo que a uno le gusta»... No obstante, la vida siempre impone inexorables desafíos, dificultades, cruces, que invitan a cambiar nuestro comportamiento y a poner nuestra confianza en el Señor: «Descansa sólo en Dios, alma mía, porque Él es mi esperanza» (Sal 61, 6). No hay otra paz que la que descende de lo alto, y no hay verdadera esperanza sino la que conduce a la eterna bienaventuranza.

Pues bien, donde no hay esperanza, hay literalmente desesperación, precisamente porque el hombre, cuando se da cuenta de su contingencia ante lo imposible —es decir, la felicidad en esta tierra—, termina rebelándose contra el orden de las cosas y contra sí mismo. En efecto, nunca ha habido tantos trastornos psicológicos en la historia de la humanidad como ahora...

Paradójicamente, la época en la que más se huye de la muerte es también aquella en donde hay un mayor número de homicidios, abortos y suicidios. Por otra parte, el siglo pasado fue el que más vidas se cobró en guerras. Si la existencia terrena ya no tiene tanto sentido, ¿qué se dirá de la vida eterna?

Hay posiciones más estoicas, como la que afirma que la vida es sólo un lugar de paso y la muerte, un viaje sin retorno. Sin embargo, estas visiones resultan ser incompletas.

Como comentan algunos autores de espiritualidad, la vida virtuosa en esta tierra ya es el Cielo principiado, es decir, se separa de la bienaventuranza solamente por un intersticio, la muerte. Después comienza un nuevo viaje, no sin antes pasar por una «aduanas» llamada juicio particular. En ésta se comprueba el pasaporte del recorrido terrenal para constatar si el viajero es apto para emprender el más extraordinario de todos los itinerarios: aquel que permite visitar las pulcritudes de Dios mismo. No obstante, si se le deniega el visado, lo único que le queda por hacer es explorar los tugurios de los bátratos eternos...

Parecería que todo había concluido. Sin embargo, aun estando en la gloria, el alma permanece en estado de violencia deseando recuperar el cuerpo del que es forma. Y esto, de hecho, sucederá en la resurrección final y en el Juicio universal, cuando el Señor volverá a juzgar a vivos y muertos. Los buenos serán entonces arrebatados a un lugar «por encima de los cielos» (Ef 4, 10), el Cielo empíreo, donde vivirán para siempre con Cristo, en su gloria. ✧



*Sendero en el
bosque*

Foto: John McCann
(Unsplash.com)



Fe en la vida eterna

Cristo nos sostiene a través de la noche de la muerte que Él mismo cruzó;
Él es el Buen Pastor, a cuya guía nos podemos confiar sin ningún miedo,
porque Él conoce bien el camino, incluso a través de la oscuridad.

Queridos hermanos y hermanas. Después de celebrar la solemnidad de Todos los Santos, la Iglesia nos invita hoy a conmemorar a todos los fieles difuntos, a dirigir nuestra mirada a los numerosos rostros que nos han precedido y que han finalizado el camino terreno.

En la audiencia de hoy, por eso, quiero proponeros algunos sencillos pensamientos sobre la realidad de la muerte, que para nosotros, los cristia-

nos, está iluminada por la Resurrección de Cristo, y para renovar nuestra fe en la vida eterna.

Visita a los cementerios, esperanza de eternidad

Como ya dije ayer en el ángelus, en estos días se visita el cementerio para rezar por los seres queridos que nos han dejado; es como ir a visitarlos para expresarles, una vez más, nuestro afecto, para sentirlos todavía cercanos, recordando también, de este modo, un artículo del credo: en la comunión de los santos hay un estrecho vínculo entre nosotros, que aún caminamos en esta tierra, y los numerosos hermanos y hermanas que ya han alcanzado la eternidad.

El hombre desde siempre se ha preocupado de sus muertos y ha tratado

de darles una especie de segunda vida a través de la atención, el cuidado y el afecto. En cierto sentido, se quiere conservar su experiencia de vida; y, de modo paradójico, precisamente desde las tumbas, ante las cuales se agolpan los recuerdos, descubrimos cómo vivieron, qué amaron, qué temieron, qué esperaron y qué detestaron. Las tumbas son casi un espejo de su mundo.

¿Por qué es así? Porque, aunque la muerte sea con frecuencia un tema casi prohibido en nuestra sociedad, y continuamente se intenta quitar de nuestra mente el solo pensamiento de la muerte, ésta nos concierne a cada uno de nosotros, concierne al hombre de toda época y de todo lugar. Ante este misterio todos, incluso inconscientemente, buscamos algo que nos invite a esperar, un signo que nos proporcione consolación, que abra algún horizonte, que ofrezca también un futuro.

El camino de la muerte, en realidad, es una senda de esperanza; y recorrer nuestros cementerios, así como leer las inscripciones sobre las tumbas, es realizar un camino marcado por la esperanza de eternidad.

Temor ante el misterio de la muerte y el juicio

Pero nos preguntamos: ¿por qué experimentamos temor ante la muerte? ¿Por qué una gran parte de la humanidad nunca se ha resignado a creer



«Los huérfanos ante el sepulcro de la madre» - Museo Nacional de Arte, Ciudad de México

Ante la muerte, existe la percepción de que hay un juicio sobre nuestras acciones, sobre aquellos puntos de sombra que tratamos de remover de nuestra conciencia

que más allá de la muerte no existe simplemente la nada?

Diría que las respuestas son múltiples: tenemos miedo ante la muerte porque tenemos miedo a la nada, a este partir hacia algo que no conocemos, que ignoramos. Y entonces hay en nosotros un sentido de rechazo, pues no podemos aceptar que todo lo bello y grande realizado durante toda una vida se borre improvisamente, que caiga en el abismo de la nada. Sobre todo sentimos que el amor requiere y pide eternidad, y no se puede aceptar que la muerte lo destruya en un momento.

También sentimos temor ante la muerte porque, cuando nos encontramos hacia el final de la existencia, existe la percepción de que hay un juicio sobre nuestras acciones, sobre cómo hemos gestionado nuestra vida, especialmente sobre aquellos puntos de sombra que, con habilidad, frecuentemente sabemos remover o tratamos de remover de nuestra conciencia.

Diría que precisamente la cuestión del juicio, a menudo, está implicada en el interés del hombre de todos los tiempos por los difuntos, en la atención hacia las personas que han sido importantes para él y que ya no están a su lado en el camino de la vida terrena. En cierto sentido, los gestos de afecto, de amor, que rodean al difunto, son un modo de protegerlo basados en la convicción de que esos gestos no quedan sin efecto sobre el juicio. Esto lo podemos percibir en la mayor parte de las culturas que caracterizan la historia del hombre.

El alma humana requiere eternidad

Hoy el mundo se ha vuelto, al menos aparentemente, mucho más racional; o mejor, se ha difundido la tendencia a pensar que toda realidad se deba afrontar con los criterios de la ciencia experimental, y que incluso a la gran cuestión de la muerte se deba responder no tanto con la fe, cuanto

*El hombre necesita
eternidad, y para
él cualquier otra
esperanza es
demasiado breve
y limitada*

partiendo de conocimientos experimentales, empíricos.

Sin embargo, no se llega a dar cuenta suficientemente de que precisamente de este modo se acaba por caer en formas de espiritismo, intentando tener algún contacto con el mundo más allá de la muerte, casi imaginando que exista una realidad que, al final, sería una copia de la presente.

Queridos amigos, la solemnidad de Todos los Santos y la conmemoración de todos los fieles difuntos nos dicen que solamente quien puede reconocer una gran esperanza en la muerte, puede también vivir una vida a partir de la esperanza. Si reducimos al hombre exclusivamente a su dimensión horizontal, a lo que se puede percibir empíricamente, la vida misma pierde su sentido profundo.

El hombre necesita eternidad, y para él cualquier otra esperanza es demasiado breve, es demasiado limitada. El hombre se explica sólo si existe un Amor que supera todo aislamiento, incluso el de la muerte, en una totalidad que trascienda también el espacio y el tiempo. El hombre se explica, encuentra su sentido más profundo, solamente si existe Dios. [...]

Creer en la vida eterna

Dios se manifestó verdaderamente, se hizo accesible, amó tanto al mundo «que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16), y en el supremo acto de



Francisco Lecaros

Detalle del Juicio final - Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, Gijón (España)

amor de la cruz, sumergiéndose en el abismo de la muerte, la venció, resucitó y nos abrió también a nosotros las puertas de la eternidad.

Cristo nos sostiene a través de la noche de la muerte que Él mismo cruzó; Él es el Buen Pastor, a cuya guía nos podemos confiar sin ningún miedo, porque Él conoce bien el camino, incluso a través de la oscuridad.

Cada domingo reafirmamos esta verdad al recitar el credo. Y al ir a los cementerios y rezar con afecto y amor por nuestros difuntos, se nos invita, una vez más, a renovar con valentía y con fuerza nuestra fe en la vida eterna, más aún, a vivir con esta gran esperanza y testimoniarla al mundo: tras el presente no se encuentra la nada.

Y precisamente la fe en la vida eterna da al cristiano la valentía de amar aún más intensamente nuestra tierra y de trabajar por construirle un futuro, por darle una esperanza verdadera y firme. ✧

Fragmentos de:
BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 2/11/2011.



«San Andrés», de Simone Martini - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Gustavo Kralj

EVANGELIO

En aquel tiempo, ¹⁸ paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. ¹⁹ Les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». ²⁰ Inmediatamente dejaron las redes

y lo siguieron. ²¹ Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre, y los llamó. ²² Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron (Mt 4, 18-22).

Pescador de hombres

En el llamamiento del divino Maestro a San Andrés
refulgen lecciones que enriquecen el apostolado
en todos los siglos.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



I – CONTRA-REVOLUCIÓN TENDENCIAL EN LA IGLESIA NACIENTE

El Evangelio de la fiesta de San Andrés pone de relieve la vocación apostólica en todo su esplendor: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Pero ¿qué significa exactamente ser «pescador de hombres»? ¿Por qué el Señor usó esta imagen? ¿Simplemente por el hecho de que los dos hermanos que Él llamaba ejercían tal profesión?

En los planes divinos todo está ordenado de manera perfecta. Así, las razones más altas de la sabiduría confieren sentido a las realidades inferiores, de modo que el arte de la pesca ha sido inspirado por Dios, en sus más variadas formas, para dar una idea aproximada de lo que significa haber sido elegido para evangelizar, y no al contrario.

Sin embargo, la simbología de la pesquería abre horizontes inéditos a quien, como es el caso del autor de estas líneas, ha podido saciarse en una fuente copiosa y cristalina como son las enseñanzas del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. En efecto, las doctrinas explicadas por él, bien aplicadas, arrojan luz sobre el Evangelio de este domingo, al mostrarnos que el apostolado es un arte que debe involucrar a todo el hombre, sin menospreciar las facetas más volubles y delicadas de su personalidad, como las emociones, las pasiones y los sentidos.

Profeta llamado a luchar contra un fenómeno universal y corrosivo, al que llamó Revolución, el Dr. Plinio fue dotado de un particular discernimiento de espíritus para conocer el proceso psicológico mediante el cual las fuerzas del mal

avanzaron de manera eficaz e irresistible a lo largo de los últimos cinco siglos, promoviendo el libertinaje en las costumbres y acuñando doctrinas y eslóganes perniciosos.

La fuerza de las tendencias, para bien y para mal

Para el Dr. Plinio, «la fuerza propulsora más poderosa de la Revolución reside en las tendencias desordenadas».¹ Estas tendencias son malas pasiones en estado de exacerbación, las cuales «por su propia naturaleza luchan por realizarse» y, «no conformándose ya a todo un orden de cosas que les es contrario, empiezan a modificar las mentalidades, los modos de ser, las expresiones artísticas y las costumbres, sin que en un primer momento afecte de manera directa —al menos, habitualmente— a las ideas».² Una vez allanado el camino, «de estas capas profundas, la crisis pasa al terreno ideológico. [...] Así pues, inspiradas en el desarreglo de las tendencias profundas, eclosionan nuevas doctrinas».³

Tanta es la importancia de las pasiones desordenadas, hasta el punto de ser el motor de la Revolución, que el Dr. Plinio consideró una acción contrarrevolucionaria tendencial para afrontarlas, ya que existen inclinaciones buenas que juegan en la línea del bien un papel análogo al de las pasiones desordenadas en la del mal. Él mismo lo explica al hablar de los ambientes, los cuales, en la medida en que favorecen costumbres buenas, pueden ponerle asombrosas barreras a la Revolución. Según el Dr. Plinio, «Dios ha establecido misteriosas y admirables relaciones entre ciertas

*El arte de la
pesca ha sido
inspirado por
Dios para
dar una idea
aproximada
de lo que
significa
haber sido
elegido para
evangelizar*

La pesca milagrosa produjo un profundo estupor en las buenas tendencias de los presentes, que culminó con la renuncia a todo por parte de aquellos dos discípulos

Saikiro (CC by 3.0)



Llamamiento de los santos Pedro y Andrés, de Arcángelo di Cola - Museo Bonnefanten, Maastricht (Países Bajos)

formas, colores, sonidos, perfumes y sabores, por un lado, y ciertos estados del alma, por otro» y, en consecuencia, «está claro que a través de estos medios se puede influir profundamente en las mentalidades». ⁴ Finalmente, concluye que es necesario «valerse, en el plano tendencial, de todos los recursos legítimos y apropiados para combatir a esta misma Revolución en las tendencias». ⁵

El hombre es un ser inteligente que lo conoce todo a través de los sentidos externos e internos, estando fuertemente condicionado por ellos. Por lo tanto, la tarea de la evangelización debe tener en cuenta los factores que influyen, favorable o negativamente, en la recepción del mensaje de la salvación. Algo similar ocurre con el oficio de la pesquería. Pescar no se limita a echar las redes, sino que requiere conocimiento del mar, de las condiciones atmosféricas, de las rutas que siguen los bancos de peces y de un sinfín de elementos más; en definitiva, encierra una técnica compleja y riquísima. De este modo, al comparar a los apóstoles con pescadores, el Señor, fuente de toda sabiduría, insinúa con divina sutileza el papel de las tendencias en la obra sobrenatural de la expansión de la Iglesia por los cuatro rincones de la tierra.

II – EL PRIMER CONVOCADO

San Andrés es poco conocido en nuestros tiempos, aunque en los siglos áureos de la cristiandad medieval era muy apreciado, hasta el punto de

que su nombre había sido el grito de guerra de la primera cruzada, en la que se reconquistó Jerusalén. Las pocas referencias que hay de él en la Sagrada Escritura, sumadas a los relatos de su vida, pasión y muerte escritos aproximadamente en el siglo IV, permiten trazar su perfil moral como el de un alma sumamente bondadosa, generosa y valiente. Su índole cándida y dadivosa hace de este apóstol, venerado en Oriente como el primero en entregarse en el seguimiento del Señor, una figura que brilla con especial atractivo en el firmamento de la Iglesia.

El Evangelio de esta fiesta narra con sublime sencillez la vocación de San Andrés y de San Pedro, quienes con admirable presteza lo abandonaron todo para acompañar

definitivamente al Salvador. San Lucas, por su parte, aporta preciosos detalles sobre este episodio tan significativo (cf. Lc 5, 1-11). Una vez que la muchedumbre se agolpaba a su alrededor a orillas del mar de Galilea, el Señor buscó apartarse a fin de poder hablar con él, y para ello utilizó la barca de los dos hermanos, que presenciaban embelesados la emanación de sabiduría divina que salía de sus labios. Entonces ocurrió la primera pesca milagrosa. Las redes que habían estado vacías durante toda la noche, a una palabra de Jesús se llenaron hasta comenzar a reventarse.

El milagro produjo un hondo estupor en las buenas tendencias de los presentes, que culminó con la renuncia a todo por parte de aquellos discípulos para seguir al Maestro. Empezaba a cumplirse, de hecho, la profecía de Isaías, citada por San Mateo en los versículos anteriores: «El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande» (Mt 4, 16).

Grandeza de la vocación apostólica

En aquel tiempo, ¹⁸ paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores.

Cuando el evangelista afirma que el Señor vio a los dos hermanos, es necesario comprender que lo hizo no sólo con los ojos corporales, sino también con la visión omnisciente del propio Verbo

divino, que comunicaba a su mente una noción exacta y deslumbrante de la grandeza de la vocación de aquellos elegidos.

Por otro lado, Santo Tomás de Aquino⁶ interpreta de una manera mística el hecho de que sean dos hermanos los llamados. Para él, es una alusión a la virtud de la caridad, que consiste en el amor a Dios y al prójimo y se hace más firme si la naturaleza la sostiene: «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos» (Sal 132, 1).

Respecto a los nombres de ambos, el Doctor Angélico comenta que son propios a todos los que se dedican a la predicación, por sus virtudes: «Simón se interpreta como obediente, Pedro significa el que conoce, Andrés quiere decir fortaleza. Y el predicador debe ser sumiso, para invitar a los demás a la obediencia [...]; instruido, para enseñar a los otros [...]; fuerte, para no acobardarse ante las amenazas».⁷

Finalmente, señala el Aquinate que el hecho de estar echando las redes prefigura la misión de los futuros anunciadores del Evangelio, ya que sus palabras, inflamadas por el Espíritu Santo, arrastrarían a los hombres como por mallas divinas.

Una nueva escuela, fundada en la convivencia

¹⁹ Les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres».

La escuela del santo Evangelio es sumamente sapiencial y distinta a los actuales centros de estudios superiores, incluso bajo la égida católica.

El aprendizaje intelectual hodierno es considerado de forma distorsionada como el factor primordial de la formación, y casi lo único que se les exige a los estudiantes. Para el Verbo Encarnado, el verdadero discipulado consiste en convivir, en estar juntos y en quererse bien. En este molde las almas se transforman gracias a las enseñanzas asimiladas al calor de la santidad

y la bondad del divino Maestro. De esta cercanía espiritual nace una amistad entrañable, que producirá con eficacia el efecto del amor: transformar al amante en el Amado.

Ir en compañía de Jesús es, por tanto, la vía *princeps* hacia la santificación. Los que siguen los pasos del Señor acaban asimilando su doctrina y su espíritu, siendo para los demás un reflejo puro de la virtud. Se convierten así en auténticos pescadores de hombres, capaces de cautivar a multitud de almas.

Prontitud apostólica

²⁰ Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

La diligencia de los apóstoles en responder a los deseos del Maestro muestra el ardor de su entusiasmo y la perfección de su obediencia. En efecto, la prontitud con la que lo dejaron todo para servir a Jesús, su desapego de los bienes terrenales y el hecho de haberlo seguido efectivamente indica cuán intensa era, en ese momento, la virtud de la caridad en sus corazones.

En este sentido, San Andrés y San Pedro se constituyen en modelos para todos los sacerdotes del Nuevo Testamento que los seguirían a lo largo de los siglos. Su espíritu está sumamente bien descrito por San Luis María Grignon de Montfort, en la *Oración abrasada*:

«Sacerdotes libres de tu libertad, desprendidos de todo, sin padre, sin madre, sin hermanos, sin hermanas, sin parientes según la carne, sin amigos según el mundo, sin bienes, sin trabas y sin cuidados e incluso sin voluntad propia. [...] Esclavos de tu amor y de tu voluntad, hombres según tu corazón que, sin voluntad propia que los manche y detenga, hagan todas tus voluntades y derroten a todos tus enemigos, como tantos nuevos David, el cayado de la

La prontitud con la que lo dejaron todo para servir al Maestro, hace de San Andrés y de San Pedro modelos para todos los sacerdotes del Nuevo Testamento



San Andrés - Catedral de la Asunción de la Virgen María, Thurles (Irlanda)

Los llamados a ser pescadores de hombres tendrán que cambiar la embarcación familiar por la nave gloriosa de la Santa Iglesia; y las redes de peces por las mallas de la fe

cruz y la honda del santo rosario en las manos [...]. Nubes elevadas de la tierra y llenas de rocío celestial que sin impedimento vuelan por todas partes según el soplo del Espíritu Santo. Éstas son, en parte, de las que tuvieron conocimiento tus profetas cuando preguntaron: “¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes?” (Is 60, 8); “Iban adonde los impulsaba el espíritu” (Ez 1, 12). [...] Gente siempre a tu mano; siempre dispuesta a obedecerte, a la voz de sus superiores, como Samuel: *præsto sum* (1 Sam 3, 16); siempre dispuesta a correr y sufrirlo todo contigo y por ti, como los Apóstoles: “Vamos también nosotros y muramos con Él” (Jn 11, 16)».⁸

El ósculo de la divina predilección

^{21a} Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano,...

Después de Simón y Andrés, otros dos hermanos son llamados —¡con qué predilección!— por el divino Maestro. Se trata de los «hijos del trueno», que tendrán un destacado papel en la Iglesia recién fundada, en comunión con Pedro.

Ambos se convertirán en pescadores de hombres, anunciando la Buena Nueva de la salvación en los más variados rincones de la tierra. Santiago será el primero en dar testimonio con su propia sangre de la veracidad de la Palabra divina, y San Juan, el apóstol virgen, gozará de la intimidad con el Redentor y nos legará el cuarto Evangelio, de inapreciable riqueza teológica e histórica.

Es significativo que dos parejas de hermanos fueran los primeros convocados por el Señor. Según Santo Tomás,⁹ este hecho representa la plenitud de la caridad —dos veces dos— que es alcanzada en la Nueva Alianza.

¡Dejarlo todo para recibir mucho más!

^{21b} ... que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre,...

El evangelista destaca el detalle de que los dos estuvieran en la barca con su padre arreglando las redes. Los que van a ser pescadores de hombres tendrán que cambiar la embarcación familiar por la nave gloriosa de la Santa Iglesia; Zebedeo, su progenitor terrenal, por el Padre celestial; y, finalmente, las redes de peces por las mallas de la fe, hacia la cual llevarán a los hombres mediante el esplendor de la buena doctrina.

El llamamiento de estos apóstoles es, por tanto, una sublimación de las realidades corrientes en las que vivían. Así ocurre con toda vocación: ¡es una invitación a dejarlo todo para recibir mucho más!

La fuerza del llamamiento

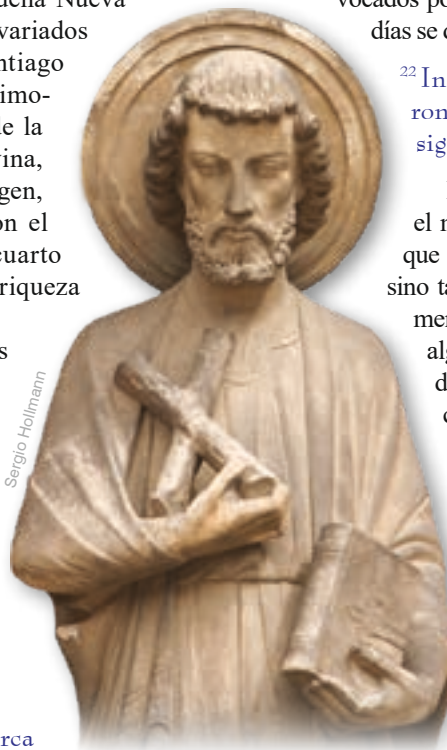
^{21c} ...y los llamó.

«Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; has sido más fuerte que yo y me has podido» (Jer 20, 7), exclamó Jeremías. Si la vocación profética del Antiguo Testamento se revestía de tanta fuerza, ¿cuál no será el ímpetu del llamamiento en la Nueva Alianza?

Jesús «los llamó», ¡cuánta sencillez en estas dos palabras, pero cuánto vigor irresistible! Pidámosle a Dios, por medio de María Santísima, que los convocados por la voz de su Hijo en nuestros días se dejen conquistar por completo.

²² Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

Mayor, en cierto aspecto, es el mérito de los hijos de Zebedeo, que abandonaron no sólo su oficio, sino también a su propio padre. Esta mención hoy en día aún sorprende a algunos. Sin embargo, en un mundo casi sin familia y sin orden, se considera una violencia cortar los lazos de consanguinidad a fin de entrar en la familia de Dios. Y los hombres que ya no se escandalizan ante los desórdenes morales se rasgan las vestiduras, como nuevos fariseos, cuando un joven decide entregar su vida a la causa católica de forma integral, dejando el hogar y sus comodidades para seguir al divino Maestro.



San Andrés - Iglesia dedicada al apóstol en Bayona (Francia)



«San Andrés erige una cruz en las montañas de Kiev», de Nikolay Lomtev

Si esta vía de radicalidad no existiera, nunca se cumpliría con perfección la exigencia del santo Evangelio de un amor que no antepone nada a Cristo: «No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz: no he venido a sembrar paz, sino espada. He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; los enemigos de cada uno serán los de su propia casa. El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10, 34-37).

III – EL ESPLENDOR DE UNA COLUMNA DE LA IGLESIA

San Andrés se presenta como un apóstol imbuido de una discreta luminosidad, en quien refulgen las virtudes propias de los primeros seguidores de Jesús, futuras columnas de la Iglesia universal: prontitud, entrega y amor llevado hasta sus últimas consecuencias.

No obstante, en su índole está el destacarse de entre todos por su celo fraterno. Fue él quien llevó

al futuro primer Papa a la presencia de Jesús, habiéndole anunciado antes: «Hemos encontrado al Mesías» (Jn 1, 41). Y después de haber conocido al divino Maestro en la intimidad (cf. Jn 1, 39) y dejando finalmente atrás sus realizaciones terrenales e incluso su propia familia para seguirlo, su caridad no hizo más que crecer, convirtiéndolo en un evangelizador incansable, de sinceridad y honestidad indudables.

El bien es difusivo en sí mismo, como enseña la sana filosofía. La figura de San Andrés lo confirma plenamente y nos anima a imitarlo, buscando la santificación del prójimo mediante el anuncio valiente de la verdad, acompañado de una caridad ardiente, extremosa e incansable. Caridad que en su caso estuvo adornada de extraordinarios milagros, los cuales constituyeron una acción tendencial de inmenso porte, predisponiendo los corazones a la acción del Espíritu Santo.

Roguémosle a este gran apóstol que conceda a la Iglesia almas magnánimas, fuertes y fervientes de fe como la suya, auténticos guerreros de Dios y de María dispuestos a todo por la gloria de ambos. ✧

Imitemos el ejemplo de San Andrés, apóstol lleno de prontitud y caridad, que nos enseña a buscar la santificación del prójimo mediante el anuncio de la verdad

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolução e Contra-Revolução*. 5.ª ed. São Paulo: Retornarei: 2002, p. 44.

² Ídem, p. 41.

³ Ídem, ibídem.

⁴ Ídem, p. 85.

⁵ Ídem, p. 193.

⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Lectura super Matthæum*, c. 4, lect. 2.

⁷ Ídem, ibídem.

⁸ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «Prière Embrasée», n.º 7-10. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, pp. 678-679.

⁹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., c. 4, lect. 2.

«Muertos» que vuelven para contarlo...

El paso hacia la eternidad suele ser sin retorno.

No obstante, a veces Dios permite que algo del camino hacia la vida nos sea revelado.



✠ Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

Habían pasado cuatro días desde que corrieron la losa de la tumba. El cuerpo, según la Sagrada Escritura, ya olía mal. Sin embargo, Lázaro volvió a la vida y se convirtió en un indiscutible símbolo de la omnipotencia de Jesús: un poder sobre la vida y la muerte, cuya jurisdicción sobrepasaba el umbral de la eternidad.

No obstante, lo que los evangelistas no narran, y que seguramente al hombre contemporáneo le gustaría mucho conocer, es lo que habría visto Lázaro al pasar de esta vida a la otra...

¿Qué hay después de la muerte?

He aquí una pregunta mantenida bajo el más absoluto velo del misterio a lo largo de todos los tiempos. Creemos, por la fe, que la muerte es la puerta definitiva hacia la eternidad, un paso obligado para ir al Cielo o al infierno; pero ¿quién puede decir con exactitud qué encontraremos cuando cerremos los ojos por última vez?

En realidad, sólo aquellos que han cruzado el umbral de la muerte podrían dilucidar con certeza esta cuestión... lo cual no suele ocurrir,

puesto que el paso a la otra vida acostumbra a ser definitivo.

Pero hubo «muertos» que volvieron a la vida y relataron lo que encontraron al divisar el umbral de la eternidad.

Antes de conocer algunos de estos casos extraordinarios, vale la pena recordar ciertos principios.

En las «fronteras de la muerte»

Actualmente, numerosos estudiosos se dedican a examinar las llamadas experiencias cercanas a la muerte, que, desde una perspectiva científica, se aproximan a lo que nosotros, los católicos, creemos por revelación divina: la resurrección de la carne y la vida eterna.

Aunque la medicina aún no ha logrado determinar con exactitud el momento en el que la vida cesa y da paso a la muerte, para definir esta última diferencian la llamada *muerte clínica* de la *muerte biológica*, pues son situaciones distintas.

La muerte clínica se caracteriza por signos que pueden ser monitorizados, como la midriasis, el paro cardiorrespiratorio, la ausencia total de reflejos y la suspensión de la actividad cerebral, reflejada en el electroencefalograma plano. Sin embargo, con la tecnología moderna es posible revertir este cuadro entre los tres y los diez minutos siguientes a la defunción, impidiendo el «embarque» a la eternidad.



¿Quién puede decir con exactitud qué encontraremos cuando cerremos los ojos por última vez?

Muerte de Santa Mónica - Museo Fitzwilliam, Cambridge (Inglaterra)

El óbito definitivo y, por así decirlo, irreversible de una persona se llama muerte biológica, y su signo más evidente es cuando comienza el proceso de descomposición del cuerpo.

Los teólogos, por su parte, definen la muerte como la separación del alma de su propio cuerpo, y diferencian dos etapas: la *muerte aparente* y *muerte real*. Explica el P. Royo Marín, OP: «Entre el momento llamado de la muerte y el instante en que ésta tiene realmente lugar, existe siempre un período más o menos largo de vida latente [...], ya que «la muerte no viene de repente; es un proceso gradual de la vida actual a la muerte aparente y de ésta a la muerte real».¹

Conviene señalar que los casos relatados a continuación ocurrieron muy probablemente entre la muerte clínica o aparente y la muerte biológica o real, en un estado que podríamos denominar como la «frontera de la muerte».

Una cuestión complementaria

Aún queda una pregunta por responder en este intrincado asunto: las almas de aquellos que «vuelven a la vida», ¿fueron juzgadas? Según la teología, el juicio particular se celebra en el momento mismo de la muerte, siendo su sentencia instantánea e irrevocable. ¿Qué pensar entonces de estas raras excepciones? Sencillamente que volvieron a la vida antes de ser juzgadas, es decir, previendo ese regreso, no estuvieron sometidas al juicio particular, el cual sucederá cuando se produzca la segunda y definitiva muerte corporal.²

Dejando de lado las discusiones sobre el tema, dado que la ciencia y la teología aún no han podido precisar el momento de la muerte real, dirijamos nuestra atención a las experiencias de quienes pasaron por este trance y recuerdan lo que vieron y oyeron, pues pueden darnos cierta noción de lo que nos sucederá el día que Dios quiera llamarnos.

«Virgen, ¡levántate!»

Santa Hildegarda de Bingen, gran mística del siglo XIII, pasó por varias experiencias cercanas a la muerte, en una de las cuales toda la comunidad ya lloraba su fallecimiento.³ La abadesa se estaba debatiendo entre la vida y la muerte durante treinta días y parecía, finalmente, que había sucumbido a la fiebre: «Mi cuerpo, parecía derretirse bajo el ataque de un dolor agudo. Mi carne, mi sangre, la médula de mis huesos se secaban. Mi alma parecía lista para liberarse de mi cuerpo...».

Su alma se encaminaba entonces hacia una gran luz, cuando vio al glorioso San Miguel, rodeado de sus combatientes, que le interpeló: «¡Vamos, vamos! ¿Por qué duermes, y contigo el conocimiento que Dios te ha dado para su servicio? [...] Amanece, ¡levántate! Sale el sol, ¡levántate, come y bebe!».

Entonces Hildegarda oyó a todo el ejército celestial cantar en retumbante coro: «¡Escuchad la voz! Los mensajeros de la muerte han hecho silencio, aún no es el momento de partir. Virgen, ¡levántate!».

Y volvió a la vida.

Salvio, el hombre que volvió del Cielo

No siempre es tan hermosa la experiencia cercana a la muerte... A veces conduce a la conversión, en otras ocasiones puede servir de incentivo para abrazar una vía de mayor perfección. San Gregorio de Tours,⁴ el historiador de los francos, recoge el testimonio de San Salvio, un monje que regresó a la vida después de, supuestamente, haber contemplado algo de la bienaventuranza celestial.

Habían pasado cuatro días desde su fallecimiento, cuando «despertó» exclamando: «Oh, Señor misericordioso, ¿por qué me has hecho volver a este tenebroso lugar del mundo, cuando mejor fue para mí tu misericordia en el Cielo que la vida en este siglo perverso?».



Reproducción

La experiencia de quienes han pasado por el trance de la muerte y han regresado puede darnos una idea de lo que nos sucederá

Las bellas horas del duque de Berry - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Sorprendidos, los circunstantes deseaban que contara lo que le había pasado, pero Salvio guardó silencio y ayunó durante tres días, tras los cuales narró: «Fui llevado al Cielo por dos ángeles, de modo que me pareció que tenía bajo mis pies no sólo esta tierra inmunda, sino también el sol y la luna, las nubes y las estrellas. Luego fui introducido, a través de una puerta más luminosa que el día, en una morada llena de una luz inefable y de una extensión indescriptible, en cuyo pavimento entero resplandecían el oro y la plata».

Salvio saludó a numerosos ángeles, mártires y confesores, en un ambiente reluciente y sobrenatural, mientras se acercaba a una luz más intensa que las demás: «Me inundó un perfume de extrema dulzura, que tanto me nutrió que todavía no siento hambre ni sed. Escuché una voz que decía: “Que regrese a la tierra, pues es necesario para nuestras iglesias”».

Como se puede imaginar, el infortunado lamentó amargamente verse obligado a abandonar las delicias del Cielo y regresar a este valle de lágrimas... «¡Ay, ay! Señor, ¿por qué me has mostrado estas cosas si estoy pri-



Hay relatos de experiencias cercanas a la muerte en las que el alma tiene una visión del purgatorio, cuyas terribles llamas le hacen pensar que es el infierno

Almas del purgatorio - Museo Diocesano de Rottenburg (Alemania)

vado de ellas? He aquí que hoy soy expulsado de tu presencia para regresar a un mundo frágil y no volver nunca más aquí. Te ruego, Señor, que no apartes de mí tu misericordia; te suplico que me dejes vivir en este lugar, no sea que al salir de él perezca. Y la voz que me había hablado dijo: “Ve en paz, porque yo soy tu guardián hasta que te traiga de vuelta aquí”».

De la inocente descripción que nos ha dejado la historia se desprende que el piadoso monje, futuro obispo de Albi, no llegó hasta los esplendores de la visión beatífica —de la que seguramente nunca habría regresado—, sino que sólo pudo vislumbrar algo de esas delicias que Dios reserva para sus elegidos, quizá para edificación de sus oyentes inmediatos y beneficio de la posteridad.

Del purgatorio a la tierra...

No menos impresionante es la experiencia narrada por San Beda,⁵ que «tuvo lugar en Inglaterra, para que los vivos pudieran despertar de la muerte del alma».

Este es el caso de un hombre piadoso que, tras una grave enfermedad, falleció. Sus familiares lo velaron durante la noche, pero al amanecer volvió a la vida, causando gran asombro y pánico entre los presentes, de los cuales sólo su esposa tuvo el valor suficiente

de permanecer junto al féretro... «Me permitieron estar de nuevo entre los hombres; sin embargo, de ahora en adelante ya no debo vivir como solía hacerlo, sino de una manera muy diferente», le explicó.

Entonces le contó que un guía resplandeciente de luz lo condujo por un extenso y profundo valle. El camino que seguían estaba flanqueado por un mar de fuego y por un campo asolado por la nieve y el granizo. «Ambos lados estaban llenos de almas humanas que parecían ser arrojadas de un sitio a otro como por una violenta tormenta...».

La horrible visión le hizo pensar que se trataba del infierno. No obstante, la entrada a éste estaba más adelante y, mientras contemplaba estupefacto la terrible suerte de los condenados, he aquí que el guía lo abandonó... Perdido en la negrura del valle y muy asustado, los demonios lo rodearon tratando de agarrarlo, hasta que apareció nuevamente el guía, llevándolo a otro lugar.

Caminaron hacia una altísima muralla, y la vista del otro lado le hizo olvidar las penalidades por las que había pasado: «Había una vasta y agradable llanura, cuya fragancia de flores disipaba con la maravillosa dulzura de sus aromas el fétido hedor del oscuro horno que se había apoderado de mis fosas nasales. Tan grande era la luz

que se extendía sobre ese lugar que parecía exceder el brillo del día o los rayos del sol del mediodía. En aquel campo había innumerables grupos de hombres vestidos de blanco y muchas plazas de jubilosas multitudes».

Más adelante vio una luz muy hermosa y escuchó el sonido de dulces cánticos, pero el guía le explicó que tenían que regresar por el camino que habían venido. Mientras caminaban, le explicó las visiones que había tenido: el mar de fuego y de nieve era el lugar donde se purgaban aquellos que se habían arrepentido de sus pecados sólo

en el momento de la muerte, mientras que la llanura florida —¡pásmese el lector!— aún no era el Cielo, sino la región donde terminaban de purificarse aquellas almas que aún no eran lo suficientemente perfectas para contemplar a Dios.

Al regresar del mundo de los muertos, ese hombre llevó una vida de gran penitencia, a la espera del momento en que pudiera ser admitido en las moradas eternas. Esta experiencia fue, sin duda, una gracia particularísima, con miras a un verdadero fervor.

Un fusilado salvado por el Padre Pío

Acompañemos un relato más reciente, que le sucedió a un hijo espiritual del Padre Pío, el P. Jean Deroberbert, un militar que se enfrentó a un pelotón de fusilamiento...⁶

Una mañana, Jean recibió una nota del Padre Pío que decía: «La vida es una lucha, pero conduce a la luz». Por la noche, la aldea donde estaba destinado en Argelia fue atacada por rebeldes y acabó siendo fusilado junto con otros cinco soldados.

«Vi mi cuerpo a mi lado, que yacía, cubierto de sangre, entre mis camaradas asesinados. Y empecé una curiosa ascensión por una especie de túnel. De la nube que me rodeaba surgían rostros conocidos y desconocidos. [...]

Continué mi ascensión hasta que me encontré en medio de un paisaje maravilloso, envuelto en una luz dulce y azulada... Después vi a María, maravillosamente bella con su manto de luz, que me recibió con una sonrisa indecible... Detrás de ella estaba Jesús, maravillosamente bello, y detrás, una zona de luz que supe que era el Padre, y en la que me sumergí...

»Allí sentí la satisfacción total de todos mis deseos... Conocí la dicha perfecta... Y bruscamente me encontré en la tierra, con el rostro en el polvo, entre los cuerpos cubiertos de sangre de mis camaradas».

Tiempo después, en una visita a su padre espiritual, Jean lo oyó exclamar: «Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar! ¡Pero lo que viste fue muy bello!». Estaba vivo gracias al Padre Pío y, además, había perdido el miedo a la muerte porque sabía lo que le esperaba «al otro lado». Una vez más se vislumbra la intención pedagógica de la Providencia al brindar experiencias tan extraordinarias como las narradas, subrayando, en cierto modo, algo de lo que nos enseña la doctrina católica sobre el más allá.

Un encuentro con Jesús a 130 kilómetros por hora

En 2008, la directora de cine y escritora Natalie Saracco sufrió un terrible accidente automovilístico a 130 km/h, en una carretera de camino a su casa, cerca de Pacy-sur-Eure (Francia).⁷ Se quedó atrapada dentro del coche y poco a poco empezó a sentir que su vida se le escapaba mientras expulsaba chorros de sangre. Se vio en un lugar fuera de los límites espaciotemporales y se encontró ante Jesús, que le mostró su Corazón rodeado de espinas.

«Lloraba, y de su Corazón brotaban lágrimas de sangre. Y aquellas lágrimas brotaban también de mi propio corazón. Me pareció que Él deseaba que yo experimentara su terrible su-

frimiento. Era un sufrimiento tan profundo que olvidé mi miedo a morir y a las personas a las que dejaba. Le pregunté: “Señor, ¿por qué lloras?”. “Lloro porque sois mis hijos queridos. Por vosotros he dado mi vida y, a cambio, solo obtengo frialdad, desprecio e indiferencia. Mi corazón se consume en un amor insensato por vosotros...”».

Natalie sabía que Dios amaba a los hombres, pero antes de esta experien-

una sensación de calor recorrió todo mi ser, de la cabeza a los pies. Dejé de vomitar sangre. Los bomberos me sacaron del coche. En el hospital, los médicos no podían entender cómo seguía viva después de un choque tan brutal. Era inexplicable. Además, gozaba de una paz y de una alegría extraordinarias. Estaba desollada viva, pero sentía que todo estaba en orden, en paz».

¿Un error de cálculo?

Habría aún miles de hechos por narrar, pero nos vemos obligados a dejarlos para otra ocasión... Permitásenos, sin embargo, considerar que, lejos de ser meros accidentes, «errores de cálculo» o golpes de suerte, estas experiencias sin duda fueron permitidas por Dios para provecho espiritual no sólo de los directamente beneficiados, sino también de todos aquellos que luego tomarían conocimiento de ellas.

Que el Padre celestial, conocedor y guía de nuestros destinos, y la Santísima Virgen, a quien le pedimos todos los días que ruegue por nosotros en la hora de nuestra muerte, preparen nuestras almas para este terrible y grandioso momento. Así, cuando llegue, podremos exclamar con Santa Teresa del Niño Jesús: «¡No muero, entro en la vida!». ✧



Debemos rezar pidiéndole a Dios que prepare nuestra alma para el momento terrible y grandioso de la muerte

Muerte de San José - Iglesia de Santiago, Tournai (Bélgica)

cia no podía imaginar que ese amor fuera tan grande. «Señor, es una pena entregar el alma, ahora que sé que nos amas hasta la locura. Me gustaría poder regresar a la tierra para dar testimonio de tu amor sin límites y para consolar tu Sagrado Corazón».

«Nada más decir esto —prosigue ella—, me sentí pequeña y frágil: había llegado la hora de mi juicio ante el tribunal celeste. Oí una voz que decía: “Seréis juzgados por el verdadero amor de Dios y de sus hermanos”. Después de aquellas palabras, me sentí como reinyectada dentro de mi cuerpo:

¹ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la salvación*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 1997, pp. 254; 256.

² Cf. Ídem, p. 280.

³ Cf. FRANCHE, Paul. *Sainte Hildegarde*. 3.ª ed. Paris: Victor Lecoffre, 1903, pp. 62-63.

⁴ Cf. SAN GREGORIO DE TOURS. *Historia francorum*. L. VII, c. 1.

⁵ Cf. SAN BEDA. *Historia ecclesiastica gentis anglorum*. L. V, c. 12.

⁶ Cf. THEILLIER, Patrick. *Experiencias cercanas a la muerte*. 2.ª ed. Madrid: Palabra, 2017, pp. 147-150.

⁷ Cf. Ídem, pp. 92-94.

Una vida entre dos mundos

Educada en la generosa modestia de las almas que agradan a Dios, Eugenia transformó su corazón en un altar en el que se inmoló, con amor y compasión, en sufragio de la Iglesia padeciente.

✉ **Adriel Brandelero**



Mecida en cuna aristocrática, una niña de nombre Eugenia vio la luz el 15 de mayo de 1867, en Múnich, heredando todos los honores de la dinastía germánica de los Von der Leyen und zu Hohenge- roldseck, y de la estirpe de los Thurn und Taxis. Nadie, sin embargo, podría sospechar que, aliados a su elevada nobleza, insignes dones y carismas concedidos por una especial disposición de la Providencia divina adornarían su alma principesca.¹

Eugenia nos dejó escrito un diario gracias a la feliz recomendación de su director espiritual. Son páginas en las que podemos sentir el amor y la misericordia de Dios, así como su grandiosa justicia manifestada en las sentencias eternas. Cada una de sus anotaciones nos revela dramas interiores; pero no de personas vivas, sino de almas del más allá, que expían las penas debidas a sus pecados...

Sí, desde mediados de 1921 hasta sus últimos días, la princesa recibió continuas visitas de almas del purgatorio, que acudían a su encuentro de las más variadas formas, suplicando sufragio en medio de tantos dolores. Gritos, portazos, pisadas en el pasillo, figuras y sustos, vientos repentinos, llantos y gemidos... en definitiva, todo lo que para nosotros constituiría una auténtica ficción de terror, empezó a formar parte de la rutina de Eugenia.

Lo que está escrito permanece

El simbolismo que encierra este tipo de registros es muy profundo. Todos nuestros actos a lo largo de la vida nos convierten en autores de una obra

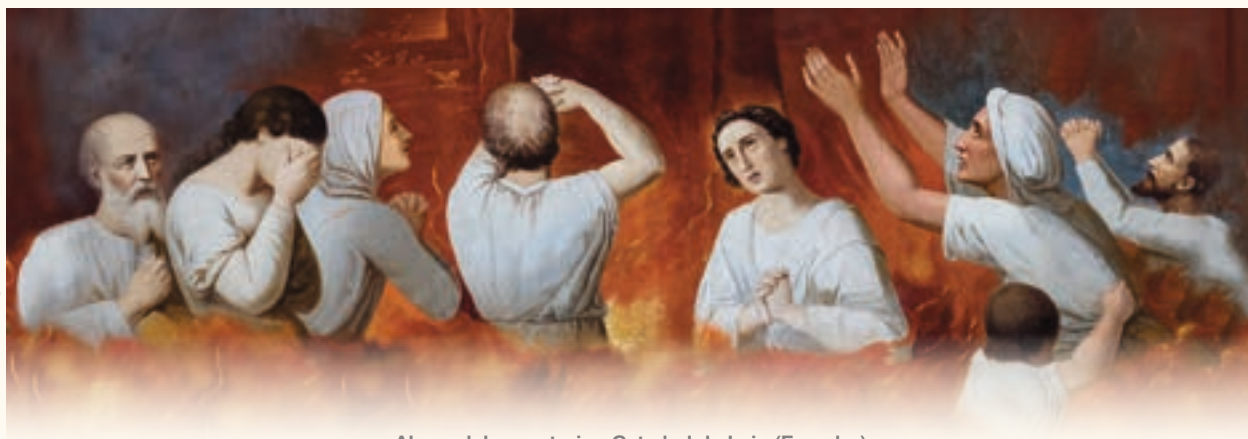


La princesa Eugenia

En ciertas ocasiones, las almas del purgatorio, con permiso divino, recurren a los hombres para obtener alivio en sus penas: es lo que sucedió con Eugenia

única, un auténtico diario sobrenatural en el que dejamos registrada, sin falsedades ni engaños, nuestra verdadera fisonomía moral. Se trata de páginas entregadas en blanco al hombre cuando éste ve la luz y devueltas, rellenas, cuando su vista se cierra para siempre. Después de la muerte ya no se escribirá nada más. Lo que allí esté contenido permanecerá, y el Señor lo leerá y juzgará. Las hermosas y heroicas obras de santidad las premiará con la gloria; las páginas manchadas por la hediondez de la ingratitud y del desamor las arrojará al fuego que nunca se apaga; no obstante, cuando encuentra virtud y vicio escritos con la misma pluma, alejará de su presencia a sus autores, hasta que desaparezcan las manchas.

La Iglesia enseña que «los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del Cielo. La Iglesia llama *purgatorio* a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados».² En estos angustiantes momentos, es natural que las almas busquen compasión, recurriendo a personas que aún están vivas y que pueden interceder por ellas. De hecho, Dios se complace con las mediaciones.



Almas del purgatorio - Catedral de Loja (Ecuador)

Hojeando la historia de los héroes de Israel, leemos que, tras el victorioso ataque contra el ejército de Gorgias, Judas Macabeo y sus compañeros regresaron al campo para recoger los cuerpos de los caídos para enterrarlos. Sin embargo, bajo sus túnicas encontraron amuletos consagrados a los ídolos de Jamnia, que indicaban el motivo sobrenatural por el que habían perecido. Judas, además de exhortar a la multitud acerca de la gravedad del pecado, ordenó que se ofreciera un sacrificio por la falta de sus hermanos difuntos. «Obró con gran rectitud y nobleza, pensando en la resurrección. Si no hubiera esperado la resurrección de los caídos, habría sido inútil y ridículo rezar por los muertos. Pero, considerando que a los que habían muerto piadosamente les estaba reservado un magnífico premio, la idea era piadosa y santa» (2 Mac 12, 43-45).

El propio divino Maestro nos enseña que algunas faltas se perdonan en esta tierra y otras en el mundo futuro, cuando dice: «Y quien diga una palabra contra el Hijo del hombre será perdonado, pero quien hable contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este mundo ni en el otro» (Mt 12, 32).

También San Pablo, escribiendo a los corintios, advierte que el fuego pondrá a prueba el valor del trabajo de cada uno porque, sobre el fundamento que es Cristo, cada uno edifica con diferentes materiales, unos con oro y plata, otros con heno y paja: «Si la

Los que mueren en gracia, pero no santificados del todo, sufren una purificación después de la muerte, antes de entrar en el gozo del Cielo

obra que uno ha construido resiste, recibirá el salario. Pero si la obra de uno se quema, sufrirá el castigo; mas él se salvará, aunque como quien escapa del fuego» (1 Cor 3, 14-15).

Por eso, desde sus inicios, la Iglesia recuerda la memoria de los fieles difuntos, recomendando para ellos el sufragio, especialmente en el sacrificio eucarístico, para que sean libres de sus faltas. En ciertas ocasiones, también las propias almas, con permiso divino, recurren de manera extraordinaria a los hombres para obtener alivio en sus penas. Esto es lo que sucedió con Eugenia von der Leyen: Dios la invistió con una misión de misericordia, a fin de sufrir por las almas de una manera singular.

Un alma que atrajo almas

El diario legado por la princesa nos revela, además de relatos conmovedores, las disposiciones de su alma

virtuosa. Siempre estuvo asistida por su confesor —el párroco Sebastián Wieser, a quien iban dirigidos sus escritos—, y le mostró invariablemente dócil obediencia. Entre las narraciones de las apariciones, encontramos líneas dedicadas a expresar los más diversos estados de alma: deseos de mayor perfección, flaquezas y enormes cansancios, impregnados de gracias profundísimas que le hacían experimentar la presencia divina en su alma; eran gotas de rocío que la refrescaban y consolaban en medio de su sufrimiento.

Según su confesor, Eugenia «llevaba una vida santa. Era de una piedad auténtica, humilde como San Francisco, celosa en la práctica del bien y desmedidamente generosa: siempre servicial y preparada a renunciar a su propia voluntad, dispuesta a hacer los mayores sacrificios, amada por Dios y por todos los que la rodeaban. Quienes la conocían, la veneraban. Nunca quiso llamar la atención de nadie. Tenía un talento especial para hacer favores y dar sorpresas agradables a los demás. El carácter de la princesa es la garantía más sólida de que merece crédito».³

«¿Por qué las almas vienen a mí?», ése era el gran dilema de la vidente y, en consecuencia, la pregunta que siempre les hacía a ellas. Cuando podían responderle, invariablemente decían que su alma las atraía y que, con permiso de Dios, el camino hasta ella estaba despejado. No quedaba más re-

medio que acompañarlas en sus penas, siempre tan lacerantes.

Como es fácil de entender, tales visitas extenuaban sus fuerzas físicas porque, además de ser desproporcionadas a la naturaleza humana, ocupaban buenas horas de sus noches, lo que resultaba en un verdadero «martirio a fuego lento». «Mis familiares me dan un cordial “buenas noches”, y yo tengo que afrontar la mayor tortura»,⁴ manifestó Eugenia.

Por recomendación de su confesor, no contaba a ninguno de sus allegados lo que le estaba ocurriendo. Este silencio la hacía sufrir mucho, ya que se sentía dividida entre dos mundos opuestos. Nadie podría vivir lo que ella vivía. Sólo su sobrino Wolfram a veces vio a las almas con ella, así como algunos animales domésticos. «Es una pena que hayan sido testigos de las apariciones solamente niños pequeños, gatos y gallinas»,⁵ suspiró la princesa.

¿Cómo pueden sufrir las almas?

Por clara disposición y voluntad de Dios, muchas almas se presentaban con forma animal, significando el pecado cometido. Un enorme mono, por ejemplo, la hizo sufrir bastante los últimos meses de 1925. Su repugnante apariencia le causaba horror y le resultaba casi imposible soportarlo. Su piel, mojada y sucia, presentaba llagas purulentas de las que salían gusanos que lo devora-

ban. Todo un símbolo de las pasiones y de los pecados de lujuria que aquella alma aún necesitaba purgar.

Otra alma, de nombre Catalina, se le apareció con la boca hinchada, deforme y repulsiva, de manera que le despertaba verdadero asco. Después de unas semanas, confesó: «Siempre he desunido a los hombres». He aquí el precio que pagar cuando los sentidos se vuelven hacia las cosas del mundo, para promover el mal. La Iglesia llama a esta purificación pena de sentido, en la cual un fuego real, pero misterioso, castiga al espíritu por haberse sometido al desfreno de la carne.

En otra ocasión, cuando Eugenia le preguntó a un alma en qué consistían sus sufrimientos, ésta se acercó y, antes de que la princesa pudiera impedirse, le tocó la mano, hacién-

dola gritar de dolor y dejándole una mancha rojiza de quemadura.

Sin embargo, ése no es el sufrimiento más grande de un alma en el purgatorio. Hay algo incomparablemente más doloroso: verse privada de contemplar al Creador, y esto la purifica en el sentido más íntimo de su relación amorosa con Él. Mientras la pena de sentido castiga al alma por haberse vuelto hacia las criaturas, la pena de daño castiga al hombre por haberse apartado del Señor. El desprecio divino, la sensación de abandono y el deseo vehemente de ver el rostro de Dios consumen a las almas en dolores indescriptibles e inconcebibles. «El anhelo devorador de volver a verla [a la divina Majestad] es nuestra tortura»,⁷ le confesó entre gemidos otra alma.

Aprendiendo de las almas

Investida por la Providencia con esta ardua misión, Eugenia naturalmente se vio muy beneficiada por las almas, no sólo cuando marchaban al Cielo, sino también durante las apariciones. A veces recibía duras reprensiones de almas descontentas con su falta de generosidad. «Soy agradecida cuando las almas del purgatorio me ayudan a cambiar para mejor»; «¡Gracias a Dios que ahora ellas se encargan de mi educación!»,⁸ se sinceraba. A menudo, la propia vidente les preguntaba qué veían en ella susceptible de perfeccionamiento. Las almas siempre se manifestaban muy exigentes, pues ya habían conocido la Perfección...

El refrigerio de las almas en el purgatorio

Lo que le pedían invariablemente era mucha mortificación de la voluntad y de los sentidos, además de olvidarse de sí misma y ser generosa. Ella buscaba unirse a Cristo, completando en su carne lo que faltaba a los padecimientos del Redentor (cf. Col 1, 24). Llegaba a flagelarse, cuando se lo pedían, y permanecía despierta noches enteras, en verdadero martirio.

Las almas siempre le pedían a Eugenia mucha mortificación de la voluntad y de los sentidos, además de olvidarse de sí misma y ser generosa

Santas ánimas del purgatorio - Iglesia de Nuestra Señora y de los Mártires Ingleses, Cambridge (Inglaterra)



El banquete eucarístico era, sin duda, la mayor fuente de consolación para las almas, sobre todo para aquellas que durante su vida manifestaron una sincera y profunda devoción a la santa misa. «La corriente del sacrificio corre sin parar. Es la salvación de quienes han creído en él»,⁹ explicaba una de ellas. Sin embargo, no se beneficiaban tanto aquellas cuya devoción eucarística fue ínfima: «No todos reciben los frutos; Dios es justo».¹⁰

El agua bendita también era al mismo tiempo el consuelo de las almas y la protección de Eugenia. Consuelo porque aliviaba sus sufrimientos y protección cuando satisfacía las exigencias de algunas que amenazaban con agredirla. Curiosamente, a pesar de tratarse de espíritus, la princesa no veía ninguna gota de agua bendita en el suelo después de asperger a sus visitantes.

Nuestros diarios

El 17 de diciembre de 1928 finaliza el diario de Eugenia von der Leyen, quien entregó su alma a Dios el 9 de enero del año siguiente.

Cerremos este diario y abramos el nuestro, pues el misterio que envuelve el más allá aún continuará interrogando las conciencias sobre la disposición de nuestras almas ante el futuro incierto. Por extraordinarios que sean los avances de la tecnología, de la ciencia y de la medicina, que pretenden saciar la sed de omnipotencia



Santa misa en sufragio de las almas del purgatorio, de Francisco Leazaros - Iglesia de Santa María, Tarrasa (España)

La santa misa era la mayor fuente de consolación para las almas, sobre todo para las que durante su vida le tuvieron gran devoción

del hombre contemporáneo, siempre quedará en el centro de su espíritu la inseguridad acerca del instante de la muerte y lo que sigue.

Cuando llegue ese momento —que a todos nos llegará—, ¿qué habré he-

cho con los talentos que el Señor me confió?

Nada se esconde a sus ojos: todos nuestros pensamientos, palabras, actos y omisiones permanecen grabados. Cabe que examinemos nuestras acciones y recuperemos la amistad del Creador mientras vamos de camino hacia la Patria (cf. Mt 5, 25), porque en el divino tribunal el Juez es el ofendido y no hay segunda instancia.

Sin embargo, que nuestro deseo de perfección no se vea impulsado únicamente por el miedo. El amor nos llevará más alto que el temor, como se desprende de las palabras del papa Benedicto XVI:

«El juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia,

como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros. La encarnación de Dios en Cristo ha unido uno con otra —juicio y gracia— de tal modo que la justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación “con temor y temblor” (Flp 2, 12). No obstante, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro “abogado” (cf. 1 Jn 2, 1)».¹¹ ✧

¹ Se les atribuyó el título principesco de los *Von der Leyen* porque sus descendientes eran miembros soberanos de la Alianza del Rin desde el 12 de julio de 1806 (cf. GUILLET, Arnold. «Apresentação». In: VON

DER LEYEN, Eugenia. *Conversando com as almas do Purgatório*. 2.^a ed. São Paulo: Ave-Maria, 1996, p. 10).

² CCE 1030-1031.

³ GEHRING, Peter. «Prefácio». In: VON DER LEYEN, op. cit., p. 41.

⁴ VON DER LEYEN, op. cit., p. 165.

⁵ Ídem, p. 137.

⁶ Ídem, p. 81.

⁷ Ídem, p. 173.

⁸ Ídem, pp. 93; 110.

⁹ Ídem, p. 142.

¹⁰ Ídem, p. 179.

¹¹ BENEDICTO XVI. *Spe salvi*, n.º 47.

Viajando hasta el amor de Dios

Cantando hermosamente los principios de la fe católica, la «Divina comedia» nos sirve como meditación sobre los novísimos y como llamamiento a un amor más grande a Dios.

✎ Miguel de Souza Ferrari



Dramática, patética, colosal. La *Divina comedia* de Dante Alighieri es una de las mayores obras literarias que la humanidad haya producido jamás.

Este extenso poema, cuya fecha de composición se sitúa a finales de la Edad Media, tiene como argumento principal, no un amor sentimental, ni un elogio a la patria, menos aún una nostalgia del clasicismo grecolatino, sino más bien los principios de la teología católica, sobre todo los relacionados con los novísimos. Todo gira en torno a un supuesto «viaje» del propio Dante a los tres lugares de la vida más allá de la tumba: el infierno, el purgatorio y el Paraíso, cantando magníficamente las verdades que la Iglesia enseña al respecto. No sin razón, Dante fue definido por un Papa como «el más elocuente panegirista y heraldo de la doctrina cristiana»,¹ y algunos llamaron a su obra la *Suma Teológica* en verso.

Uno de los hombres más influyentes de su tierra

Dante Alighieri nació en Florencia, probablemente en 1265. Su vida fue bastante ajetreada. De notable inteligencia, estudió todos los ámbitos de

la cultura con excelentes maestros y no tardó en convertirse en uno de los hombres más influyentes de su tierra, lo que le llevó a asumir un importante papel político en la famosa disputa entre los gibelinos, que defendían la supremacía de los emperadores sobre el papado, y los güelfos, defensores de la autoridad pontificia. A estos últimos —y más precisamente a los «güelfos blancos», un partido más moderado— pertenecía el poeta italiano.

Luego de muchos conflictos, acabó desterrado de su Florencia natal en 1302, por obra de los «güelfos negros». Se refugió, después de varios viajes e intentos de repatriación, en Rávena. Allí, inmerso en la tristeza por el exilio, Alighieri comenzó a consolarse

en el estudio de la teología, hasta su muerte el 14 de septiembre de 1321.

En este contexto, analizando su vida, fue cuando percibió que se encontraba enmarañado «en una selva oscura, por haberme apartado del camino recto».² Y empezó a escribir su obra maestra: la *Divina comedia*.

Un incentivo al amor de las verdades cristianas

Sin duda, es en el aspecto literario donde reside la mayor parte de la gloria de este escrito universal. La historia está impregnada de elementos de todos los ámbitos de la cultura de entonces: «Todo Dante está en la *Divina comedia* no por el hecho de ser ésta la mejor de sus obras, sino por su carácter de totalidad».³ Además, el poeta italiano agotó allí sus conocimientos y su talento, inmensos para su época. La *Divina comedia* fue escrita íntegramente en versos endecasílabos —de once sílabas—, con un innovador sistema de rimas en tercetos, y se divide en tres partes: «Infierno», «Purgatorio» y «Paraíso». En perfecto equilibrio matemático, cada una de estas partes se compone de treinta y tres cantos, más uno introductorio acoplado al «Inferno». Así, esto completa el número cien.

Al componer la «Divina comedia», Dante se fundamentó en los principios de la teología católica, sobre todo los relacionados con los novísimos

A pesar de tanta excelencia literaria, esta obra no estaba destinada inicialmente a eruditos y literatos, sino a todos. De ahí el hecho de que no estuviera escrita en latín —el idioma que se hablaba por entonces en las universidades y se empleaba en obras eruditas—, sino en la lengua vernácula toscana. Por otro lado, el título original *Commedia* era indicativo de un estilo literario caracterizado por una «narrativa viva», diferente de la ilustre narrativa de las elegías. El calificativo de *Divina* con el que quedó consagrada sólo le fue otorgado años más tarde por Boccaccio.

No obstante, conviene recordar que, «cautivando al lector con la variedad de imágenes, con la belleza de los colores, con la grandeza de las expresiones y los pensamientos, lo atrae y excita al amor de la sabiduría cristiana».⁴

Infierno

El argumento que llena las páginas de la *Divina comedia* tiene lugar en el año 1300 y comienza con la aparición de Virgilio a Dante, en la tenebrosa selva en la que este último se había perdido, figura de su vida de pecados. El poeta romano afirma que fue enviado por la Virgen María, a petición de Beatriz —nombre que significa *beata* o *beatificante*, y que en la obra representa la fe o la teología—, para guiar a Alighieri a través del infierno y el purgatorio, hasta llegar al Paraíso, adonde lo conducirá la propia Beatriz.

Inicia así el descenso al infierno, que tiene forma de embudo, con «círculos» concéntricos que van hasta el centro de la Tierra y albergan castigos peores cuanto más bajos se encuentran. Al llegar a sus puertas, los viajeros se topan con un letrado en el que se lee: «¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!».⁵

Nada más cruzar el portal, el poeta escucha gritos y gemidos, y pregunta a su guía quiénes son los que se lamentan. Virgilio le responde que se trata de los tibios, los que no se decidieron

ni por el bien ni por el mal; se volvieron tan despreciables que ni siquiera el infierno los ha acogido. Luego simplemente le dice: «No hablemos más de ellos, míralos y pasa adelante».⁶

Cabe mencionar que, a los principios de la teología cristiana, se suman elementos de la literatura grecolatina como las furias, Medusa, los centauros, etc. Así, tras esta especie de vestíbulo viene el río Aqueronte, en el que se encuentra el mitológico Carón, el barquero que hace la travesía de las almas.

Cruzado el río, hallan el primer círculo, el limbo, en el cual el autor sitúa a los justos, los poetas y los sabios que vivieron en el paganismo antes de la venida de Cristo, así como a los niños no bautizados. En el segundo círculo

están los lujuriosos; en el tercero, los golosos; en el cuarto, los avaros y los pródigos; en el quinto, los iracundos; en el sexto, los heresiarcas. En cada uno de estos círculos, Dante indaga a los condenados, entre los que hay todo tipo de personajes —desde papas y emperadores hasta pecadores públicos, especialmente personas de su época—, que le explican el motivo de su condena y la proporcionalidad de los castigos. Es digna de nota la imaginación del poeta para crear nuevos sufrimientos, cada vez más violentos, así como los fuertes colores con los que los pinta. No hay quien lo lea sin sentir miedo de pecar, para no caer en tal condena.

A continuación, entran en la ciudad de Dite, donde vive Satanás. En el séptimo círculo están los violentos (contra el prójimo, contra sí mismos o contra Dios); en el octavo, los fraudulentos, que comprende diez clases diferentes. El noveno y último está en el centro de la Tierra, y está formado por Cocito, un lago congelado donde sufren los traidores. En el sitio más profundo, la Judesca, está Lucifer masticando en su triple boca a Judas, Bruto y Casio. Cruzando el centro de la Tierra, comienza ahora recorriendo un camino inverso, ascendente, que los llevará a la isla del purgatorio. De este modo

El argumento comienza con el descenso al infierno, el cual tiene forma de embudo, con «círculos» concéntricos que van hasta el centro de la Tierra



Saiko (CC by 3.0)

Dante y Virgilio en el infierno - Museos de Santo Domingo, Forlì (Italia).
En la página anterior, detalle de «Dante y los tres reinos»,
de Domenico di Michelino - Museo dell'Opera del Duomo, Florencia (Italia)

suben hasta que el poeta concluye: «Por allí salimos para volver a ver las estrellas».⁷

Purgatorio

En la visión dantesca, el purgatorio es una isla del hemisferio sur —lo que se evidencia con la aparición de la Cruz del Sur—, en la cual hay una gran montaña cónica que se eleva a través de círculos ascendentes: cuanto más altos, menor el trayecto que recorrer y más ligeros los pecados que purgar en ellos.

Antes de la montaña, sin embargo, hay un espacio intermedio, donde sufren aquellos que sólo se arrepintieron en el último instante de sus vidas. Tienen que esperar allí hasta que se les dé permiso para iniciar la vía de la purificación. Al principio de la ruta la caminata es bastante penosa, pero cuanto más se sube, más despejado se vuelve el paso.

Al llegar a la puerta de ese lugar, un ángel trazó siete veces la letra «P» en la frente de Dante, diciéndole: «Procura lavar estas manchas cuando estés dentro».⁸ Estas marcas representaban los siete vicios capitales, que serían expiados en cada uno de los círculos, en este orden: soberbia, envidia, ira, pereza, avaricia —junto con la prodigalidad—, gula y lujuria. En esta escala, el poeta siguió un orden muy teológico, pues los pecados espirituales son peores que los carnales.

En la cima de la montaña se encuentra el paraíso terrenal. Al llegar allí, Virgilio —símbolo de la sabiduría humana— desaparece y, en medio de una multitud de ángeles, aparece la figura de Beatriz —representante de la sabiduría divina—, quien lo guiará durante el recorrido en el Cielo.

Antes de eso, no obstante, ella lo reprende severamente por sus pecados. Después de que Dante se arrepintiera, Beatriz le hace beber del río Leteo, para que se olvide de ellos. Ahora la guía se les aparece junto a siete damas —las tres virtudes teo-

logales y las cuatro cardinales— y empieza a tratarlo con bondad. Luego lo lleva al río Eunoe, en el que se sumerge el poeta. Al salir se siente reanimado, «purificado y dispuesto para subir a las estrellas».⁹

Paraíso

Dante imagina el Cielo como nueve esferas concéntricas, cada una de las cuales corresponde a uno de los coros angélicos. Por encima de estas esferas está el Empíreo, que es inmóvil, donde se encuentra el trono de Dios. Esta división, por cierto, se basa en el sistema astronómico de Ptolomeo, entonces en

En la visión dantesca, el purgatorio es una montaña que se eleva también en círculos: cuanto más altos, más ligeros los pecados que purgar en ellos



La entrada de Dante al purgatorio - Biblioteca Medicea Laurenciana, Florencia (Italia)

boga; es decir, todas las esferas giran alrededor de la Tierra, siendo mayor la velocidad de su movimiento cuanto más se alejan de nuestro planeta.

Beatriz le explica cómo las almas santas son elevadas al Cielo y cómo Dante subirá a su semejanza: el amor de Dios las atrae infaliblemente cuando lo contemplan. Así pues, comienzan la ascensión. En la primera esfera, la de la Luna, están quienes, aunque virtuosos, no cumplieron plenamente sus votos, siendo insuficientes en fortaleza. Al ser interrogada si no ansiaba una gloria mayor, una de las almas le responde al poeta: «Si deseáramos estar más elevadas, nuestro anhelo estaría en desacuerdo con la voluntad de Aquel que nos reúne aquí».¹⁰ En otras palabras, en el Cielo los bienaventurados tienen tal unión de voluntades con Dios que su felicidad consiste en cumplir sus designios, sin aspirar a nada más que lo que Él quiere.

En el segundo Cielo, el de Mercurio, están los que adquirieron fama mundana legítimamente, pero la desearon con gran ardor, en detrimento de la justicia. Elevados al Cielo de Venus, los viajeros ven a los amantes, que se excedieron en esta pasión, faltando a la templanza. Allí se hallan incluso almas que practicaron el amor de manera imperfecta.

En la esfera del Sol se encuentran los doctos en teología, que brillaron por su prudencia. Se acercan a Dante varios doctores, entre ellos Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura. Ambos comienzan entonces a cantar la gloria de las órdenes mendicantes: Santo Tomás enaltece a los franciscanos, mientras que San Buenaventura exalta a los dominicos.

La quinta esfera es la de Marte, compuesta por militantes, ejemplos de fortaleza. Éstos se organizan en forma de una gran cruz. El Cielo de Júpiter es el de los justos, que forman, en celestial coreografía, la frase de las Escrituras: «*Diligite iustitiam, qui iudicatis terram*» (Sab 1, 1).¹¹ De la

«M» final surge el águila del Imperio romano, pues ahí se encuentran quienes ejercieron santamente el gobierno de las naciones.

A partir de ahora aparecerán los que destacaron por su amor puro a Dios. Se desprende de esto que en la visión dantesca del Paraíso la caridad es el principal factor para la gloria. En la esfera de Saturno están los contemplativos. Allí Dante se topa con una magnífica escalera de oro, cuya cima no puede ver. San Pedro Damián baja hasta él y le explica por qué allí no escucha ninguna música: sus oídos humanos no soportarían tanta maravilla. Beatriz, la teología, se vuelve cada vez más radiante, indicando la proximidad de Dios.

Subiendo los escalones áureos, llegan a la esfera de las estrellas fijas, donde están los que acompañan a Cristo en su triunfo. Dante puede ver a Jesús y a la Santísima Virgen. La última esfera del mundo físico es la del Cristalino, o *Primum mobile* (primer motor). Ahí ve, en medio de una luz muy fuerte, a los ángeles más cercanos a Dios, dispuestos según los nueve coros angelicales y en tres ternarios.

Al ascender al Empíreo, Dante necesita recibir una nueva capacidad de vista, ya que el ojo humano no puede contemplar tanta gloria. Al llegar allí, ve a los bienaventurados dispuestos como pétalos de una enorme rosa. Entonces Beatriz deja al poeta para ocupar el lugar que le corresponde en esta rosa de los bienaventurados, y el gran San Bernardo empieza a guiarlo, pues la teología alcanza ahí sus límites y da paso a la mística.



Dante en el Paraíso, de Philipp Veit - Casino Massimo Lancellotti, Roma

Subiendo los áureos escalones del Paraíso, Dante llega a la esfera de los que acompañan a Cristo en su triunfo, y contempla a Jesús y a la Santísima Virgen

El abad de Claraval le explica la ordenación del Empíreo y recita una sublime oración a Nuestra Señora, intercediendo por Dante ante Ella para que le conceda ver a Dios. La Virgen eleva sus purísimos ojos al Altísimo, y en ellos Dante contem-

pla el reflejo de la visión beatífica. San Bernardo le insiste en que mire al Señor: «Bernardo, sonriéndose, me indicaba que mirase hacia arriba; pero yo había hecho ya por mí mismo lo que él quería».¹² ¿Habrá algo mejor que ver a Dios a través de los ojos de María?

Sin embargo, llevado por un atrevimiento mayor, osa mirar directamente a Dios y ve, en tres esferas luminosas, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, percibiendo, de manera indescriptible, los misterios de Dios. Y con esta visión divina encierra su poema.

¿Por qué leer la «Divina comedia»?

A estas alturas, el lector debe haberse preguntado: ¿de qué sirve leer la *Divina comedia*, si sólo es una narración ficticia? En respuesta a esta cuestión, cabe citar las palabras de Benedicto XV: «Su comedia, que mercedamente obtuvo el título de *divina*, a pesar de los elementos de ficción e inventados, o las alusiones a la vida mortal, no tiene otro propósito que glorificar la justicia y la providencia de Dios, que gobierna el mundo en el tiempo y en la eternidad, y que premia y castiga a los hombres, tanto individualmente como en sociedad, según sus méritos».¹³

Por lo tanto, al cantar hermosamente los principios de la fe católica, la *Divina comedia* nos sirve de meditación sobre los novísimos, incitándonos a un amor más grande a Dios, quien es sustancialmente, conforme las últimas palabras de la obra, el Amor «que mueve el Sol y las demás estrellas».¹⁴ ✧

¹ BENEDICTO XV. *In praeclara summorum*.

² *Inferno*, I. Todas las citas de la *Divina comedia* han sido extraídas de la versión en español: DANTE ALIGHIERI. *La divina comedia*. Madrid: M.E. Editores, 1994.

³ RUIZ, Nicolás González. «Introducción general». In: DANTE ALIGHIERI. *Obras Completas*. 5.ª ed. Madrid: BAC, 2002, p. 8.

⁴ BENEDICTO XV, op. cit.

⁵ *Inferno*, III.

⁶ Ídem, ibidem.

⁷ Ídem, XXXIV.

⁸ *Purgatorio*, IX.

⁹ Ídem, XXXIII.

¹⁰ *Paraíso*, III.

¹¹ Del latín: «Amad la justicia, vosotros los que juzgáis la tierra».

¹² *Paraíso*, XXXIII.

¹³ BENEDICTO XV, op. cit.

¹⁴ *Paraíso*, XXXIII.

La felicidad de la eterna bienaventuranza

Viviendo en este valle de lágrimas, a veces elevamos los ojos al Cielo, y la esperanza de alcanzar la felicidad eterna nos consuela y anima. Sin embargo, ¿qué sabemos de esas alegrías perennes?

✎ Plinio Corrêa de Oliveira



Siempre he tenido una impresión singular respecto a ciertas descripciones o representaciones del Cielo. Por la fe sabía que se trataba de un lugar donde existe toda clase de delicias, pero, cuando éstas me eran trazadas, tenía la sensación de que eran deleitosas para los demás y no para mí.

Por ejemplo, algunos cuadros representaban un Cielo muy azul, con una nube blanca en forma de sofá en la que estaba sentado un ángel tocando el violín. Por supuesto, en el Cielo no hay ninguna nube material, pero ese modo de pintarlo simboliza la realidad celestial. Ésta no es, sin embargo, la realidad entera: habría que añadir otros elementos para hacerse una idea completa sobre él.

Comprendo que esos cuadros presentaban algo más agradable que este valle de lágrimas. Aun así, si tuviera que pasar la eternidad en un Cielo azul, sentado sobre una nube blanca y tocando el violín, confieso que no

sentiría ese lugar como la patria de mi alma.

Una impresión errónea de inmovilidad

También me sorprendía la idea poco acertada de dibujar el Cielo inmerso en una especie de inmovilidad. Según la doctrina católica, en el Paraíso el hombre no puede crecer en un grado de gloria esencial. Permanece allí por toda la eternidad tal como fue premiado tras su muerte, gozando de una felicidad plena.

Por lo tanto, me daba la sensación de que en el Cielo todo se había detenido para siempre y todos los elegidos miraban a un Dios igualmente inmóvil. Ahora bien, como el movimiento y la comunicación son parte de nuestra forma de ser, me hallaba en la dificultad de entender la atracción de un Cielo así.

Eran ésas algunas impresiones equivocadas que, de no corregirse, podían disminuir mi esperanza y mi interés por los bienes celestiales.

Movimiento en el Cielo, por añadidura de la felicidad accidental

Entonces comencé a realizar un trabajo de análisis del Cielo, a partir

Algunos cuadros representan un Cielo muy azul, con una nube blanca en forma de sofá en la que está sentado un ángel tocando el violín



«Ángeles músicos», de Mestre de Rubio - Museo Episcopal de Vic (España)



Tímpano de la catedral de Notre Dame de París (Francia)

de los comentarios de santos, para formarme una verdadera imagen de él y hacerlo más apetecible.

Tratemos más especialmente de aquello que podríamos llamar inmovilidad celestial. ¿Es exacto afirmar que en la eterna bienaventuranza la felicidad del alma no es susceptible de aumentar y que por esta razón todo allí está tan quieto como uno es llevado a imaginar? ¿O hay aumentos de intensidad de esta alegría? En otras palabras, ¿habrá movimiento y vida en el Cielo —e incluso muy vigorosos— como no nos hacemos idea? ¿Cómo será eso?

Para construir de manera paulatina una imagen real del Cielo, consideremos que cuando un hombre realiza un determinado acto bueno o malo, incluso después de haber sido juzgado y recibido su premio o castigo, este acto a veces continúa produciendo repercusiones hasta el fin del mundo.

Tomemos, por ejemplo, un religioso que atrae a una persona para que pertenezca a su congregación. Parece algo muy sencillo y banal. Pero el atraído puede llevar a otro, quien a su vez llamará a un tercero y así sucesivamente, de modo que hasta el fin de los tiempos habrá una

*Si concibiéramos
el Cielo como una
tribuna en la tierra,
donde los santos
pueden intervenir por
nosotros, sentiríamos
el Paraíso de un
modo diferente*

corriente de hijos, nietos, bisnietos, tataranietos espirituales de aquel religioso que llevó al primero. A medida que van pasando los siglos, desde lo alto del Cielo podrá ver el efecto de la buena acción que ha practicado y con ello experimentará una alegría renovada. Aunque se sienta inundado de felicidad, al contemplar a Dios cara a cara, cuando mire a la tierra y perciba las consecuencias del bien que ha hecho, su júbilo, por así decirlo, aumenta.

La felicidad de un alma, por tanto, puede crecer accidentalmente al multiplicar, con el tiempo, los efectos de la buena acción que ha realizado. Por

cierto, esta verdad siempre me anima cuando me dispongo a escribir un libro: la obra podría producir buenos frutos hasta el fin del mundo, y en el Cielo mi alegría aumentaría al ver que, digamos, dentro de mil años este libro ha hecho bien a algún alma y ha dado gloria a Dios.

Intercambio entre la eternidad y el tiempo

Consideremos otro ejemplo más. Imaginemos a una reina casada con un rey muy poderoso, disfrutando junto con él toda la felicidad que le aporta su condición. Supongamos que el día de su cumpleaños un grupo de campesinos se presenta para bailar frente a la ventana de su habitación, por amor a ella y para rendirle homenaje. Si los campesinos no van, la reina no dejará de ser feliz, pues tiene el convivir con el rey, lo cual constituye su felicidad esencial. Sin embargo, cuando esos súbditos aparecen para obsequiarla, la soberana siente una alegría accidental añadida. Sale a la terraza, contempla la escena, se complace con los campesinos y luego ordena que les sirvan dulces y a cada uno le dirige una palabra amable. Ellos están contentísimos y ella, halagada.



Detalle del «Tríptico del Juicio final», de Fra Angélico - Gemäldegalerie, Berlín

Por consiguiente, este hecho aumentó, accidental y no esencialmente, el contento de la reina, a semejanza de los flecos de una alfombra que, sin ser parte de ella, no obstante, le sirven de prolongación.

Análogamente, muchos acontecimientos en la tierra pueden aumentar nuestra alegría en el Cielo, pues existe una relación entre ambos por la cual las felicidades del Paraíso se mueven de acuerdo con las situaciones de este mundo.

De paso, conviene recordar que la regla se aplica también al infierno: siempre que el condenado contempla el mal que hizo afectando a otros en el tiempo, su tormento puede, en cierto sentido accidental, aumentar.

Esto nos lleva a reflexionar, porque todo lo que realizamos en esta vida terrena está repercutiendo en gloria en el Cielo o en tristeza en el infierno. Si supiéramos contemplar de esta manera cada acto de nuestra existencia, ¡qué diferente sería ésta! Si también concibiéramos el Cielo como una tribuna en la tierra, con la posibilidad de que los santos intervinieran activamente por los que están aquí abajo, a través de sus oraciones e inspiraciones, ¡cuán diferente sentiríamos el Paraíso!

Santa Teresa del Niño Jesús decía que quería pasar su Cielo haciendo el bien en la tierra. Es un hermoso pro-

grama que nos demuestra, una vez más, la realidad de este intercambio entre la bienaventuranza eterna y el tiempo.

Convivencia que intensifica la relación con Dios

Alguien podría preguntar: «Dr. Plinio, estoy de acuerdo, pero cuando la historia de la humanidad en la tierra termine y todos los elegidos estén en el Cielo, ¿se paralizará todo?».

Para responder a esto, evoco un bonito episodio de la vida de Santa Gertrudis. Se dice que un día, mientras ella y sus religiosas cantaban el *Ave Maria* durante el oficio de maitines, la santa fue arrebatada en éxtasis. Entonces vio tres rayos de luz que salían del seno de la Santísima Trinidad —simbolizando el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y la ternura misericordiosa del Espíritu Santo— que penetraban en el Corazón de Nuestra Señora, para de éste regresar a la fuente, es decir, la Trinidad Beatísima.

Esta visión dejaba claro cómo la Madre de Dios se regocija en su Corazón, y cómo en este hay nuevas expansiones de la Santísima Trinidad cada vez que un alma en la tierra reza devotamente el *Ave Maria*.

Ahora bien, *a fortiori*, cuando un bienaventurado en el Cielo elogia a la Virgen, se produce un aumento de comunicación de Ella con la Santísima Trinidad y viceversa. Al igual que hay una añadidura accidental de júbilo en el Paraíso, por la cual, en la medida en que los santos se aman, conversan y conviven, la relación de todos con Dios se intensifica.

Existe, por tanto, una especie de interacción recíproca a la que Dios se asocia. Es el movimiento del Cielo, a la manera de una inmensa, santísima e inocentísima política, donde todos se esfuerzan, sin descanso, por aumentar su propio regocijo y el de los demás, nadando, por así decirlo, en gentilezas y felicidad mutuas.

El Paraíso celestial se podría comparar también a una corte espléndida, donde los cortesanos, al encontrarse, se inclinan unos ante otros con amor

Una continua novedad

Desde este punto de vista, el Cielo podría compararse a una corte espléndida, perfecta, donde los cortesanos, al encontrarse, se inclinan profundamente unos ante otros con inmenso amor; después se saludan ante el Rey, quien al percibir este afecto, se alegra y le concede a cada uno un galardón. Ellos agradecen la munificencia del Monarca, que les ofrece más premios. Y así caminan de recompensa en recompensa, siempre enriquecidos con algo nuevo.

Esta vida y este movimiento en el Cielo se verifican, sobre todo, en el progreso que hacen los elegidos en el conocimiento de Dios, infinitamente interesante. Siendo Él la dulzura, la afabilidad, nos revela en esencia todas las cosas, con agrado, con encanto, con aquello que podríamos llamar *brío* divino, como no lo podemos imaginar...

De manera que, a lo largo de todas sus infinitudes, siempre veremos a Dios diferente y nunca terminaremos de conocerlo. Será para nosotros una continua novedad, cuyos variados aspectos comentarán entre sí los ángeles y los santos, pues cada uno contempla y adora a Dios desde distintos ángulos. La conversación sobre las excelencias divinas será cantada, y este cántico eterno del Cielo inducirá a los justos a un constante progreso, sin fatiga, porque es movimiento y descanso al mismo tiempo.

¿Cómo imaginaría mi Cielo?

Finalmente, en atención a la amable petición de mis oyentes, diría entonces cómo me imagino el Cielo

para mí, si hasta allí me lleva la misericordia de Dios. Entendiendo que, a ruegos de María, el Señor puede destinarme algo muy diferente de lo concebido por mi imaginación. Lo que diré es sólo un boceto hecho desde «este lado», implorándole a la Santísima Virgen que me conceda algo aún mejor.



El Dr. Plinio en 1988

*Veremos a Dios
siempre diferente y
nunca terminaremos
de conocerlo: será
para nosotros una
continua novedad, con
excelencias infinitas*

Considerando la índole de mi alma, imagino que vería a Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo y, justo debajo, a Nuestra Señora. Los contemplaría a una altura prodigiosa, infinitamente superiores a mí, de tal modo que me sentiría como

una mota de polvo en comparación con ellos, pero encantado de ser una mota de polvo y de ser ellos lo que son.

Al mismo tiempo, por una paradoja, estaría tan cerca de ellos que los vería y me consideraría en condiciones de amarlo todo exactamente como ellos lo hacen. Entre Dios, la Virgen y yo, me gustaría contemplar una jerarquía espléndida y armónica de personas, sucesivamente superiores, con perfecciones y órdenes crecientes, a través de las cuales podría conocer mejor a Dios.

Y me imagino encantado en esta jerarquía, pequeño dentro de ella, pero muy embelesado, teniendo la impresión de que todas estas excelencias me inundarían y se reflejarían en mí como algo gravísimo, muy serio, muy majestuoso, por un lado; por otro, afabilísimo, lleno de sonrisa y de condescendencia para conmigo, de forma que exclamaría: «¡He llegado, por fin, a la patria de mi alma!».

Tal concepción del Cielo no estaría completa sin la idea de una relación particular con Nuestra Señora. Una relación que, si no fuera osado, la ambicionaría de una forma muy especial, como la de una mota de polvo junto al trono de la Reina celestial, muy cerca de Ella y —por qué no atreverme a imaginarlo— incluso en el propio Corazón de la Santísima Virgen.

Este es mi deseo. Así sería el Cielo que concibo para mí. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año VII.
N.º 76 (jul, 2004); pp. 26-30.



SAN LEONARDO DE PORTO MAURIZIO

«Morir con la espada en la mano contra el infierno»

La labor misionera no le suponía un obstáculo para su recogimiento, sino que la veía como una campaña contra los infiernos, en función de la cual abandonaba momentáneamente la paz del claustro conventual para el bien de las almas.

✠ Gabriel Denkiewicz



El templo sagrado estaba abarrotado de gente deseosa de escuchar a aquel gran predicador. Vestía la túnica marrón de los hijos de San Francisco; pocos sabían que debajo de ella se escondía un cilicio que llevaba día y noche. Sus rasgos fisonómicos denotaban austeridad, pero su mirada y el tono que le daba a sus palabras revelaban una bondad propia de quien conocía el infinito amor del Redentor, siempre dispuesto a perdonar al pecador arrepentido.

Un obispo, cuya diócesis se había beneficiado de una de las centenares de misiones que fray Leonardo realizó a lo largo de su vida, escribió: «La gracia divina triunfa en él, porque no me parece posible que sin una ayuda muy especial de Dios un hombre pueda hacer tanto». De hecho, el Señor acompañó con sus dones a este fiel servidor, siempre dispuesto a trabajar por el bien de las almas y de la Iglesia. ¿Quién era él?

Iniciado en las vías de la santidad por sus padres

Paolo Girolamo nació el 20 de diciembre de 1676 en Porto Maurizio, hoy Imperia, en la Liguria italiana. Sus progenitores supieron educarlo en el temor de Dios. Sobre todo su padre, Domenico Casanuova, hombre de mucha virtud. En su juventud, celoso por mantener intacta su castidad, hizo un voto: siendo capitán de un barco, no permitiría que ninguna mujer mal intencionada estuviera entre la tripulación.

La infancia de Paolo transcurrió tranquila y saludable a orillas de las aguas cristalinas del mar de Liguria. Nunca cultivó malas amistades que pudieran desviarlo del camino del bien, y sus diversiones, además de las comunes a otros niños, muchas veces consistían en improvisar un altar y simular una misa, con sermón y todo. Así la Providencia lo iba preparando para el futuro.

Primeros combates

Durante este período, no obstante, el diablo intentaba perderlo de diver-

sas maneras. Una vez, regresaba a casa con sus amigos y en el camino pasaron por una hermosa playa donde el mar se mostraba placentero. Un hombre se acercó al grupo y enseguida entabló una conversación con ellos, pero no tardó mucho en cambiar a temas impuros. Inmediatamente, al darse cuenta de sus malas intenciones, el joven les hizo señas a sus compañeros para que huyeran y salieron corriendo, y Paolo encabezaba la fuga. El desconocido desenvainó su espada y empezó a perseguirlos. Sin embargo, su edad no le permitió alcanzarlos.

Todos llegaron a la marina de Porto Maurizio y se despidieron, pero Paolo decidió agradecerle a la Virgen su protección y se fue descalzo hasta la iglesia de Nuestra Señora dei Piani, que estaba a poco más de tres kilómetros.

Ida a Roma y confirmación de su vocación religiosa

Uno de los tíos de Paolo, llamado Agostino Casanuova, lo invitó a estu-

diar en Roma, petición que fue aceptada con gusto. En la Ciudad Eterna les dio a sus compañeros un gran ejemplo de virtud. Hacía de todo para escapar de las ocasiones pecaminosas, como conversaciones inconvenientes, bromas fútiles y amistades censurables. Además, supo encontrar buenos compañeros y un confesor, el cual le confirmaría más tarde su vocación religiosa.

En esta etapa, entre los 16 y los 19 años, su devoción creció enormemente. Cuando conversaba sobre temas espirituales con su tío y sus criados, a menudo éstos comentaban entre ellos que el joven sería en el futuro un gran predicador. Durante las comidas hablaba con tanto entusiasmo de Dios que se olvidaba de comer. Una vez, no tuvieron más remedio que pedirle que se callara para que pudiera alimentarse. También comenzó a practicar numerosas mortificaciones, como dormir en el suelo completamente

destapado, flagelarse y usar un cilicio.

Por fin, franciscano

El joven ya le había comentado algunas veces a su confesor, el P. Grifonelli, su deseo de llevar vida religiosa. Pero éste, por prudencia, aún no lo había confirmado en el llamamiento, porque esperaba una señal clara.

Cierta día, mientras caminaba por la plaza del Gesù pensando en qué orden religiosa podría ingresar, vio a dos hombres vestidos con un pobre hábito oscuro. Intrigado en saber de dónde eran, los siguió hasta que entraron en una iglesia: eran franciscanos. En ese momento los frailes comenzaron el canto *Converte nos, Deus, salutaris noster*.² Inmediatamente se sintió tocado por una gracia. Le parecía oír al propio Redentor hablándole en su interior, invitándolo a esta augusta vocación.

Entonces fue a contarle lo sucedido a su confesor, quien finalmente se dejó convencer: el fervor que el alma del joven irradiaba sólo podía venir de Dios.

Finalmente, el 2 de octubre de 1697 vistió el hábito franciscano. Pasó un año en el noviciado, tras lo cual profesó sus votos en 1698. En 1703 fue ordenado sacerdote.

Religioso ejemplar

Desde los primeros días, fray Leonardo demostró ser un religioso ejemplar. El celo con que cumplía sus obligaciones, su piedad en el coro y su obediencia perfecta impresionaban a todos y revelaban una gran madurez espiritual. «Si ahora que somos jóvenes no tenemos en cuenta las cosas pequeñas, y fallamos en ellas con advertencia, cuando seamos mayores, y tengamos más libertad, consideraremos lícito faltar en las grandes»,³ dijo cierta vez.

En relación con sus hermanos de hábito, se esforzaba por elevarlos al máximo en la vida espiritual. Por iniciativa de fray Leonardo hacían, por ejemplo, el propósito de practicar con más atención una virtud determinada durante la semana. Si por debilidad alguien tambaleara, debía arrodillarse delante de otro, pedir perdón y prometer enmendarse con la ayuda divina.

A través de este ejercicio logró varios frutos. Transformó las diversiones en devotos coloquios y en una escuela de perfección; puso fin a las conversaciones ociosas, hablando siempre de temas espirituales y particularmente la devoción a la Virgen.

¡La trompeta del Evangelio!

El martirio en tierras lejanas por amor a Cristo era una vocación que impresionaba al joven franciscano. Un día se le presentó una oportunidad. En China se estaba extendiendo una cruel persecución contra los cristianos, y el rebaño del Señor que vivía



Reproducción

Después de su primer retiro, dijeron: «Este joven será una sonora trompeta del Evangelio, que reconducirá a muchos pecadores por el camino de la salvación»

Predicación de San Leonardo de Porto Maurizio en la plaza Navona, Roma.
En la página anterior, retrato del santo pintado en torno al 1750

allí necesitaba pastores que lo sustentara. Monseñor de Tournon, más tarde cardenal, buscaba misioneros que lo acompañaran en esta empresa.

Fray Leonardo no perdió tiempo. De inmediato le explicó sus deseos a su superior. Se decidió que él y el P. Pietro de Vicovaro, compañero del mismo convento, irían al lejano Oriente. Su alegría, no obstante, duró poco. Por varios motivos, la iniciativa no pudo llevarse a cabo. Leonardo, desconsolado, no sospechaba que la Providencia le preparaba otras misiones. Al exponerle sus anhelos al cardenal Colloredo, éste le respondió que Dios le destinaba las tierras de Italia como campo de apostolado.

Tiempo después, fue enviado a Roma para predicar su primer retiro. Un sacerdote que lo escuchaba comentó: «Este joven será una sonora trompeta del Evangelio, que reconducirá a muchos pecadores por el camino de la salvación».⁴ Y el futuro demostraría la veracidad de esta afirmación.

De una enfermedad al viacrucis

La vida austera que llevaba el joven franciscano poco a poco fue minando su ya frágil salud. Una vez tuvieron que llevarlo a la enfermería del convento, pues expulsaba por la boca una cantidad considerable de sangre.

Sus superiores determinaron que se trasladara a Nápoles, con la esperanza de que encontrara allí la posibilidad de descansar. Sin embargo, como su estado había empeorado durante el viaje, fue enviado a Porto Maurizio. En vano...

Al ver que nada le hacía recobrar el vigor, fray Leonardo decidió acudir a Aquella que es invocada bajo el título de Salud de los enfermos. Le pidió que intercediera ante su divino Hijo, prometiéndole que si obtenía su curación se ocuparía de predicar misiones para la honra de Dios y la conversión de los pecadores.

La Virgen nunca abandona a quienes recurren a su auxilio. Al poco tiempo, la enfermedad que lo atormentaba desde hacía cinco años desapareció. Dispuesto a cumplir lo prometido, pero no teniendo aún autorización para ello, comenzó a escribir varias oraciones sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, a la que siempre nutrió una entrañable devoción. Decidió divulgarlas entre los fieles de Porto Maurizio, y el fruto de esta primera «misión» fue introducir en aquel lugar el piadoso ejercicio del viacrucis.

Éste fue el primero de los 576 viacrucis que erigió. En los años siguientes, dondequiera que fuera en misión, siempre dejaría entre el pueblo la costumbre de esta práctica que le gustaba llamar gran batería contra el infierno.

Inicio de las misiones

Finalmente, en 1708, el obispo de Albenga le autorizó a que realizara misiones en su diócesis. Comenzó su apostolado en la ciudad de Artallo, a poco más de tres kilómetros de Porto Maurizio. Todas las mañanas se dirigía allí y regresaba al atardecer. Predicaba y confesaba a la gente él solo. Organizaba procesiones y siempre instituía un viacrucis. Poco a poco, sus acciones hacían que fuera cada vez más buscado por los fieles.

Una noche, mientras volvía al convento donde se hospedaba, notó la presencia de un hombre que lo seguía. Se dio cuenta de que estaba afligido y que no tenía malas intenciones, y le preguntó si necesitaba ayuda. El hombre cayó de rodillas y exclamó:

—Padre, tiene a sus pies al mayor pecador que hay en la tierra.

—Y tú, hijo, me has encontrado miserable, y seré para ti un padre amoroso —respondió el franciscano, mientras el pecador lloraba amargamente.

Luego lo llevó al confesionario del convento y lo reconcilió con Dios.

El día de San Bartolomé fue enviado a predicar una misión en Cara-

magna. Los habitantes de la ciudad habían transformado la celebración de este apóstol en un verdadero carnaval. Mientras todos estaban distraídos, y hombres y mujeres bailaban al ritmo de las pasiones desordenadas, entró en el recinto donde se encontraban y pronunció un sermón tan penetrante que la fiesta profana se convirtió en ocasión de arrepentimiento y de lágrimas.

Durante la predicación, uno de los brazos del crucifijo que llevaba en la mano se desprendió y cayó al suelo, y todo el pueblo comenzó a pedir misericordia. Aprovechando tal incidente, habló con más fuerza contra esa profanación y añadió que mediante esa señal Dios daba a conocer su voluntad de castigar a los participantes del baile, si no prometían no volver nunca a cometer actos similares.

Superior de San Francesco al Monte

El gran duque de Toscana, Cosme III de Médici, edificado por la santidad de los franciscanos, le pidió al papa Clemente XI su autorización para abrir una casa similar en Florencia. Cuatro religiosos, entre ellos fray Leonardo de Porto Maurizio, fueron enviados allí en 1709.

Al año siguiente, hizo su primera predicación en el monasterio de San Francesco al Monte, donde vivían. Esto bastó para que su fama se extendiera. Desde entonces, no le faltaron peticiones para que llevara a cabo misiones en la región.

En 1713 se encontraba en la ciudad de Prato. Su primera intervención en la catedral fue tan impresionante que los fieles prorrumpieron en lágrimas, y levantando los brazos, le pedían a Dios misericordia por sus pecados. El viacrucis y otras devociones fueron seguidas asiduamente, de modo que, al final de la misión, la ciudad parecía un jardín de buenas obras y piadosos propósitos.

Su fructífera actuación en Toscana ciertamente tuvo un peso enorme en

su elección como superior del convento de San Francesco al Monte, gobernándolo nueve años, durante los cuales trabajó arduamente para atraer religiosos dispuestos a una fidelidad adamantina y para reorganizar otras casas de la orden.

Itinerario de perfección

De esta época datan los conocidos *Propósitos*, que escribió cuando aún era superior del mencionado convento. En él esbozó sesenta y seis máximas, un auténtico programa de perfección, que se propuso seguir durante toda su vida.

La santa misa se celebraría siempre con cilicio y estaría precedida por la confesión, y la meditación de la Pasión acompañaría el oficio divino. Como penitencia, realizaría con frecuencia el viacrucis, y cada falta cometida debía ser reparada de inmediato con una oración. En cuanto a la devoción a la Virgen, se proponía predicar con especial fervor sobre sus virtudes, y llevaría siempre en el pecho una cruz de siete puntas, en honor a los siete dolores de María. El último de los propósitos era estar constantemente en la presencia de Dios.

Los recopió cinco veces a lo largo de los años, pidiendo siempre la firma de su confesor, para practicarlos bajo obediencia. El último registro es de cuando tenía 69 años, lo que demuestra que estos propósitos no fueron fruto de un fervor primaveral y pasajero. Al contrario, constituyeron el corolario de veinte años de vida religiosa perfecta.

Misión y soledad

«Misión, estando siempre ocupado por Dios; soledad, estando siem-



He aquí el resumen de su vocación: «Misión, estando siempre ocupado por Dios; soledad, estando siempre ocupado en Dios»

San Leonardo de Porto Maurizio

pre ocupado en Dios»,⁵ escribió una vez acerca de su vocación.

De hecho, la labor misionera no le suponía un obstáculo para su recogimiento; más bien, era vista como una campaña contra los infiernos, en función de la cual abandonaba momentáneamente la paz del claustro conventual para el bien de las almas.

En 1712 redactó un reglamento que ordenaba este género de actividades. Cada misión debía durar de quince a dieciocho días. Comenzaba con la entronización de un gran crucifijo, ya que la Pasión del Redentor era objeto de las predicaciones y meditaciones, e incluía procesiones, meditaciones y momentos de dirección espiritual. El final siempre estaba señalado con la construcción de un viacrucis.

Fray Leonardo recorrió durante cuarenta y nueve años los penosos ca-

minos de la Italia de entonces. «Deseo morir en misión con la espada en la mano contra el infierno»,⁶ he aquí el ideal que lo animó a lo largo de las 339 misiones que predicó.

«Cuando muera revolucionaré el Paraíso»

Fray Leonardo de Porto Maurizio entregó su alma a Dios el 26 de noviembre de 1751, a la edad de 74 años, y fue canonizado el 29 de junio de 1867. Su ingente esfuerzo apostólico le valió el título de patrón de los sacerdotes en misión, otorgado por el papa Pío XI en 1923.

En cierta ocasión de su vida comentó: «Cuando muera revolucionaré el Paraíso y obligaré a los ángeles, a los apóstoles, a todos los santos, a que hagan una santa violencia a la Santísima Trinidad para que mande hombres apostólicos y llueva un diluvio de gracias eficacísimas que conviertan la tierra en Cielo».⁷

Unamos nuestras oraciones e intenciones a las suyas, para que cuanto antes podamos ver cumplido este deseo. ✧

¹ DA ORMEA, Salvatore. *Vita di San Leonardo da Porto Maurizio*. Roma: Tipografia Tiberina, 1867, p. 31.

² Fragmento del salmo 84: «Conviértenos, ¡oh Dios, salvador nuestro!».

³ DA ORMEA, op. cit., p. 16.

⁴ Ídem, p. 18.

⁵ VILLAPADIerna, Isidoro de. «San Leonardo de Porto Maurizio». In: ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2006, t. XI, p. 632.

⁶ Ídem, p. 634.

⁷ Ídem, ibidem.

Altaneros como gigantes, débiles como enanos

En los acontecimientos ocurridos durante la conquista del Polo Sur, las cualidades y los defectos de los protagonistas parecen imponerse a las generaciones venideras como una verdadera «parábola del liderazgo».

✎ João Luis Ribeiro Matos



Hace mucho que quedaron atrás los gloriosos tiempos de Alejandro Magno y Julio César. Las páginas de la historia ya han sido adornadas por las cruzadas, en las que intrépidos guerreros combinaron el ímpetu de conquista con la defensa y propagación de la fe católica. Los años de Cristóbal Colón y Fernando de Magallanes, en los que los exploradores alcanzaron un apogeo hasta entonces inimaginable, ya eran vistos con grato recuerdo. Nos encontramos en los albores del siglo XX, período poco propicio para hombres con vocación de descubridor...

¿Existiría todavía algún rincón del planeta que resultara inhóspito y desconocido para el hombre? O, más aún, ¿hallaríamos personas de valor comparable al de los héroes del pasado, que abrazaron el riesgo y lo imprevisible como medida de su vida cotidiana?

Los protagonistas de la historia

Las regiones polares se presentaban ante el hombre como un desafío, el último reducto que la civilización aún no había dominado. Ya en el siglo XIX, muchos habían intentado explorar aquellas

tierras, pero el frío y el hielo constituían un obstáculo infranqueable.

En ese escenario es donde aparecen tres figuras destacadas: el conocido sir Ernest Shackleton; Robert Falcon Scott, oficial de la Marina británica; y Roald Amundsen, explorador noruego. Repasemos en rápidas pinceladas algunas de las hazañas de estos aventureros, antes de sumergirnos en la disputa por el Polo Sur.

En 1898, Roald Amundsen inició su carrera participando en una expedición polar. Fueron los primeros hombres que invernaron en la Antártida, superando el paralelo 71 y navegando por áreas no cartografiadas.

*En la actualidad,
¿sería posible todavía
encontrar personas de
valor comparable al de
los héroes del pasado,
que abrazaron el ries-
go y lo imprevisible?*

El 30 de diciembre de 1902, Robert Scott, al mando de otra expedición a las tierras australes, alcanzó el punto extremo hasta entonces explorado (82°17' S) después de pasar un largo y doloroso invierno en regiones nevadas. Sin embargo, todavía faltaban muchos kilómetros hasta el fin del mundo.

En 1904, Amundsen emprendió un viaje al Ártico, con el objetivo de verificar el polo magnético. Aunque éste ya había sido descubierto por James Clark Ross, quería dirimir las dudas sobre su movilidad. Siguiendo los pasos de Ross, el explorador noruego confirmó que el punto de atracción magnética era móvil. Por otra parte, la operación fue un fiasco, a excepción del hecho de haber aprendido mucho de los esquimales sobre la supervivencia en regiones polares, lo que sería de gran utilidad para futuros emprendimientos.

En 1909, Shackleton avanzó casi 580 kilómetros del récord de Scott hacia el Polo Sur, faltando poco más de ciento cincuenta para alcanzar el extremo sur del planeta.

Finalmente, en 1910, el superado oficial británico se preparaba para otra

travesía a la Antártida, pero desconocía un detalle de suma importancia: tenía un rival, ya que Roald Amundsen también se lanzaría hacia el mismo objetivo.

Por lo tanto, suponía una disputa entre dos oponentes a la altura: ambas personalidades verdaderamente gigantes.

En dirección al polo

Era el 7 de junio de 1910 cuando Amundsen partió de Noruega, a bordo del Fram; el día 15 zarpaba el barco de Scott, el Terra Nova.

Mientras el británico se dirigía a Australia para hacer escala, recibió el telegrama que anunciaba el cambio de rumbo del Fram. Hasta entonces, Scott ignoraba completamente la existencia de un rival, porque éste había mantenido la información bajo el más absoluto sigilo. Incluso estando en alta mar, los hombres de Amundsen creían que iban al Ártico. De modo que Scott no parecería estar prevenido para una disputa.

Desembarco y primeros meses en la Antártida

Tras siete meses en el agua, los dos gigantes desembarcan en el continente por explorar. El 4 de enero de 1911, los británicos se instalaron en el estrecho de McMurdo, mientras que Amundsen, que llegó once días después, empezó a montar su campamento en la congelada bahía de las Ballenas.

Ambos tenían el mismo plan: aprovechar el final del otoño para adentrarse en el hielo hacia el polo, construyendo almacenes de alimentos, con vistas a reducir la carga de transporte y agilizar los desplazamientos. Después de eso tendrían que esperar pacientemente al invierno para comenzar la carrera definitiva tan pronto como irrumpiera la primavera.

Sin embargo, desde su llegada, la forma de proceder de los jefes se revelaba antagónica. Según Roland Huntford, uno de los historiadores que na-

rran lo sucedido, «el desembarco de Amundsen había sido elaborado cuidadosamente y al detalle. Cada uno de los hombres conocía el plan en el que estaba trabajando Amundsen».¹ En el estrecho de McMurdo, por el contrario, «había demasiados oficiales supervisando y los hombres nunca sabían cuándo ni adónde acudir».²

Scott no era muy previsor. En otro viaje, había llegado a admitir: «Soy muy consciente de que carezco de un plan; tengo algunas ideas nebulosas, vertebradas alrededor del objetivo principal, que no es otro que partir desde lo conocido y explorar lo desconocido. Pero estoy completamente dispuesto a descubrir que mis fantasías inexpertas son impracticables y a tener que improvisar planes sobre la marcha».³ Esta vez, al menos, prefirió aprovechar la ruta previamente trazada por Shackleton.

Una señal característica del buen superior es saber hacerles entender a sus subordinados lo que están haciendo, estimularlos a que se sientan comprometidos, a que perciban dónde encajan sus acciones dentro de un plan general y grandioso, a que sepan que el futuro de la obra pasa por las manos de *cada uno*. Por su parte, los subalternos han de estar dispuestos de antemano a obedecer sin comprenderlo, porque, muchas veces, la arbitrariedad es necesaria y acaba siendo beneficiosa. Si falta esta reciprocidad, se establece el caos o la anarquía.

Scott tenía el mismo plan que Amundsen; sin embargo, no era gran previsor y ya en el desembarco su liderazgo se mostró fallido

Sería ingenuo creer, no obstante, que sólo Scott estuviera afrontando dificultades. A pesar de la ventaja inicial, el problema de las relaciones no tardó en aparecer también entre los noruegos.

Decisión precipitada

Pasado el período intenso de invierno, «Amundsen no conoció la paz».⁴ Ansiaba salir lo antes posible. La noticia de que Scott transportaba trineos motorizados atormentaba su espíritu.

El 8 de septiembre, el capitán del Fram decidió zarpar. Aquella mañana el termómetro marcaba -37°C . Por regla general, debería esperar a que al menos la temperatura se estabilizara, pero el pánico a perder la carrera le hizo adelantarse. En vano intentaron disuadirlo, pues Amundsen estaba decidido. Partieron.

El resultado fue dramático: fuertes vientos, terribles nevadas, un frío inclemente (un promedio de -55°C). Era imposible continuar. Afortunadamente, el jefe noruego abrió los ojos y acordó regresar. Sin embargo,



Robert Falcon Scott en 1905. En la página anterior, el Terra Nova, barco utilizado por los ingleses

su peor error no estuvo en su prematura salida, sino en haber acelerado su regreso, disparando su trineo hacia el refugio y dejando atrás a los demás.

Una típica laguna de mando es la de no preocuparse por los otros. El jefe ha de estar dispuesto a sacrificarse, a ponerse en el sitio más arriesgado, difícil e inhóspito. Debe seguir al divino Modelo de liderazgo que, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo (cf. Jn 13, 1). Sólo así podrá decir, como el Señor: «No he perdido a ninguno de los que me diste» (Jn 18, 9). De pura suerte, Amundsen no perdió a nadie.

Mientras tanto, Johansen, un hombre mayor que él y, en algunos puntos, más experimentado que el comandante, censuró públicamente su actitud y cuestionó su liderazgo.

Amundsen lo escuchó con serenidad, pero no podía permitir una rebelión declarada. Tenía que actuar enérgicamente. Lo dispensó de la expedición al Polo Sur y le ordenó que

«explorara» las tierras del rey Eduardo VII.

Acción severa, sin duda, pero en la que brilla una faceta de la caridad propia del comandante, aquella que se revela en la reprensión: «¿Qué padre no corrige a sus hijos?» (Heb 12, 7). A veces es duro castigar, pero un dirigente nunca puede permitir que sus sentimientos subyuguen la razón. Y en este caso una demostración de debilidad arruinaría todo el ataque.

«Finis coronat opus»

Finalmente, el 20 de octubre Amundsen se dirigió hacia el polo. El día 1 de noviembre, Scott también inició la travesía.

No existía comunicación entre los grupos, lo que aumentaba el temor de Amundsen y sustentaba de alguna manera la esperanza de Scott. Aun constatando el fracaso de muchas de sus operaciones, este último creía que el noruego no se arriesgaría a tomar un camino desconocido, sino que también seguiría las indicaciones de Shackleton. En realidad, cuando Scott inició la marcha, el otro ya se encontraba a más de 320 km de ventaja.

Amundsen, habiendo aprendido con su error a no apresurarse, reprimía su tensión interior ante el miedo a la derrota y dirigía a su comitiva bajo una rutina controlada. Caminaban unos 24 km al día y el resto de la jornada era destinado al descanso y a la

alimentación. Como los depósitos estaban bien distribuidos, no se produjo ningún incidente grave.

Mientras tanto, el andar británico se veía plagado de dificultades. Los trineos a motor se estropearon por completo al cabo de unos kilómetros y fueron abandonados en el hielo. Los ponis, a pesar de haber ayudado mucho a Scott, tuvieron que ser sacrificados porque no estaban ya en condiciones de avanzar. El transporte se volvió entonces muy penoso, pues el trayecto era demasiado largo para arrastrar todo el equipo con las propias manos.

Para tratar de recuperar el retraso causado por los contratiempos, Scott empezó a exigirse constantemente a sí mismo y a sus subordinados lo máximo, hasta el agotamiento. Desde su óptica, ésa era la única manera de evitar el fracaso. ¿Habría cometido un error al tomar esta decisión?

Cuando un hombre guía a otros en la conquista de un ideal —o en el camino hacia el Cielo— necesita saber que no todos andan al mismo ritmo que él. En la mayoría de los grupos de este género, están los radicales, los buenos, los moderados y los tibios, por no hablar de los malos. Obligar a alguien a «darse prisa» cuando no quiere es una locura: crea fricciones, revueltas y estancamientos aún peores. Se requiere mucho tacto para tratar con esas personas. De lo contrario, el «eslabón débil de la cadena» empezará a resquebrajarse. Si Scott forzó demasiado la nota o no, les corresponde a los historiadores debatirlo. El caso es que, por culpa de unos pocos, tuvo que reducir la marcha, y el fracaso acabó llegando de todos modos.

La llegada

Tras casi dos meses de aventura, recorriendo una distancia de 1.126 km, pasando por elevadas montañas de hasta 3.600 metros, grietas y abismos sin fin, Amundsen llegó al polo el 15 de diciembre. Antes de celebrar la victoria, se aseguró de que realmente

Amundsen, aprendió a no apresurarse: reprimía su tensión interior ante el miedo a la derrota y dirigía a su comitiva bajo una rutina controlada

Roald Amundsen en 1899

Reproducción

estaba en las coordenadas geográficas correctas, pues sus aparatos de medición no eran nada sofisticados. Después envió a tres hombres en diferentes direcciones, para recorrer 16 km y colocar una señalización, rodeando, de este modo, la meta de la conquista. Así, no podrían errar.

En el centro del cerco, dentro de una tienda de campaña, Amundsen dejó una carta destinada al rey de Noruega, envuelta por otra para Scott; además de algunos objetos que podrían ser de utilidad para la comitiva británica. En la cordial misiva se leía:

Querido capitán Scott:

Como probablemente sea usted el primero en llegar a esta zona después de nosotros, le ruego tenga la amabilidad de enviar esta carta al rey Haakon VII. Si alguno de los artículos dejados en la tienda le son de utilidad, no dude en aprovecharlo. Con un cordial saludo, le deseo un regreso seguro.

Atentamente,

Roald Amundsen

La carta no era una provocación. Amundsen realmente no sabía si lograría sobrevivir al camino de vuelta. Pero tanta cordialidad le debió haber sonado a Scott como un último golpe cuando la leyó. Estaba exhausto, había gastado todas sus fuerzas para llegar hasta allí y empezaba a dudar si las tendría suficientemente para el ignominioso regreso. Corría el 17 de enero de 1912, más de un mes después de la victoria de Amundsen.

«El regreso de Scott fue como la derrota de los vencidos»,⁵ declaró Huntford. Tenían que volver a pie, arrastrando sus propios trineos, con la ciega esperanza de que alguien viniera a socorrerlos. Empezaron el camino de vuelta, acompañados únicamente por el abatimiento, el dolor y el hambre.

Poco a poco, aquellos hombres robustos empezaron a parecerse a cadáveres. No tardó mucho en fallecer el primero. Con la muerte de un compa-



El equipo de Scott el 17 de enero de 1912 tras el descubrimiento de la llegada de Amundsen al Polo Sur

ñero, todos sentían su fin igualmente cerca. Faltaban algo más de 200 km cuando Scott, ante la terrible intemperie, decidió detener la marcha en espera del porvenir. Permanecieron encerrados dentro de la tienda, que gradualmente fue siendo cubierta por la nieve, y no debieron tardar mucho en marchar hacia la eternidad...

La columna de incienso

Han pasado más de cien años de tales hechos. Monumentos, obras literarias, homenajes de todo tipo premian, con razón, el heroísmo de estos hombres. Pero ante Dios, ¿de qué valió la victoria de Amundsen y qué resultó del sacrificio de Scott?

Es difícil juzgar una cosa y la otra. De los lances de arrojo antes mencionados se percibe que eran almas en las que el heroísmo brillaba de manera inconfundible. Sin embargo, eran hijos de una sociedad cuyos ideales se confundían con la ambición, y la fe católica ya no regía los pueblos como otrora. La audacia de estos personajes podría compararse a una columna de incienso, que llena los pulmones con su perfume, pero irrita los ojos y ofusca la visión.

El constante crepuscular entre grandeza y debilidad hace de estos

Las muestras de valentía carentes de santidad poco o nada valen: son una columna de incienso perfumado que llena los pulmones, pero irrita los ojos

gigantes, desde cierto punto de vista, unos enanos, pues donde falta la santidad, las demostraciones de valentía poco o nada valen. Por el contrario, la osadía del espíritu intrépido, cuando es purificada por la honestidad de conciencia, florece en los más grandes santos. ✧

¹ HUNTFORD, Roland. *O último lugar da Terra*. São Paulo: Companhia das Letras, 2002, p. 398.

² Ídem, p. 396.

³ FIENNES, Ranulph. *Capitán Scott*. Juventud, 2003 (e-book).

⁴ HUNTFORD, op. cit., p. 477.

⁵ Ídem, p. 611.

Cuando todo parecía acabar, todo comienza...

Su semblante y sus gestos revelaban la mansedumbre del alma pura, la paz de espíritu y la alegría del deber cumplido. Resplandecía en ella la altanería sin pretensiones de quien se ha inmolado por entero y sólo tiene delante la muerte y la eternidad.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Ventiuno de abril de 1968. En su casa, Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira se encontraba en su lecho de dolor. La asistía un amigo de su hijo Plinio, el joven doctor Luis Moreira Duncan, pues en aquel momento su médico particular, el conocido Dr. Abrahán Brickman, no se encontraba en casa.

Alrededor de las diez de la mañana, el enfermero del Dr. Plinio —que por entonces convalecía de una penosa enfermedad contraída en diciembre de 1967— se dirigió al Dr. Duncan, que estaba leyendo el periódico en el salón, para comunicarle que Dña. Lucilia

se sentía peor. Un tanto sorprendido, pues a las ocho y veinte le había puesto una inyección y nada presagiaba un agravamiento súbito de su estado, el médico dejó la lectura del periódico y se dirigió inmediatamente al cuarto.

Una gran y lenta señal de la cruz

Acostada, sin el apoyo de almohadas, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, los ojos cerrados, tranquila, sólo movía los labios: ciertamente, rezaba.

Al tomarle el pulso y comprobar cuán lenta y débilmente latía, el médico se dio cuenta de la proximidad de los últimos momentos. Entonces le

pidió al enfermero que avisara enseguida al Dr. Plinio.

Entretanto, Dña. Lucilia, que no había dejado de mover los labios —sintiendo en su corazón que había llegado la hora de la solemne despedida de esta vida— retiró con decisión la mano que el médico le sujetaba y, con un gesto delicado pero firme, sin manifestar esfuerzo ni dificultad, hizo una gran y lenta señal de la cruz. Después apoyó sobre el pecho sus manos blanquísimas, una sobre otra, y expiró serenamente, en la víspera del día en que cumpliría 92 años...

Más tarde, alguien comentaría con mucho tino: «Salió con majestad de una vida que supo llevar con honor».

Muerte suave

Desde que el médico se acercó a su cama, ya no había abierto los ojos. Y al fallecer no tuvo estremecimientos, ni expresó ningún signo de dolor.

Beati mortui qui in Domino moriuntur —«¡Bienaventurados los muertos, los que mueren en el Señor!» (Ap 14, 13).

Conservó en sus últimos instantes la misma serenidad con la que, durante su vida, había arrostrado todo tipo de dolor —sin sorpresa ni inconformidad. En aquellos postreros momentos

Después de una gran y lenta señal de la cruz, apoyó sobre el pecho sus manos y expiró serenamente. «Salió con majestad de una vida que supo llevar con honor»

Cama en la que murió Dña. Lucilia



reveló la firme resolución de un alma verdaderamente católica: ante el sufrimiento, inseparable de la vida, cumplió con fidelidad el deber de aceptarlo con ánimo, dulzura y paz, bendiciendo a los Corazones de Jesús y de María para así unirse a ellos por completo.

Al final de su existencia, la gran señal de la cruz sugiere al espíritu la sentencia: *Talis vita, finis ita* —«Como fue la vida, así será la muerte».

Convivencia que se prolongó a la luz de la fe

A pesar del intenso dolor, el Dr. Plinio terminó aquel día con gran serenidad.

En efecto, a primera hora de la tarde, al llegar a su cuarto para prepararse para los funerales, se sintió envuelto por una paz y una quietud indescriptibles, que seguían a la desolación causada por la muerte de su inolvidable madre y a la idea de una inexorable separación.

Ya no brillaba la luz del mediodía en aquel hogar, en donde Dña. Lucilia había vivido en la dignidad de su vida privada; sin embargo, una amena y discreta penumbra jamás se retiraría de allí.

Al volver del cementerio, recostado en el sofá de su despacho, el Dr. Plinio tuvo la singular impresión de que su extremosa madre estaba junto a él, sentada en su mecedora, lista para comenzar la habitual «charlita» nocturna... De modo imponderable, ella continuaba vivificando el hogar

Se prolongaba así, a la luz de la fe y más allá del umbral de la muerte, la convivencia entre madre e hijo.

A las puertas de la eternidad, una preparación ejemplar

Protegida por la Providencia, Dña. Lucilia había recibido la extremaunción el día antes, pues su hijo, preocupado con su estado de salud, le había pedido a un sacerdote amigo suyo la caridad de administrarle este postrer sacramento.

Hacia las cinco de la tarde, dicho sacerdote, trayendo los santos óleos, entró con el Dr. Plinio en el aposento de la enferma y le explicó, sumaria y claramente, que iba a administrarle la extremaunción.

Durante la ceremonia, cada vez que el oficiante hacía una señal de la cruz,



Al volver del cementerio, el Dr. Plinio tuvo la impresión de que su madre estaba allí. De modo imponderable, ella continuaba vivificando el hogar

Pintura al óleo de Dña. Lucilia, realizada con base en fotografías tomadas un mes antes de su muerte

ella se persignaba con grandes y solemnes gestos. Recostada sobre varias almohadas y con los ojos muy abiertos, recibió con total lucidez el sacramento que la prepararía para la muerte.

La profunda compenetración con la que lo siguió todo impresionó a los presentes. El propio sacerdote, conversando con el Dr. Plinio, comentó el hecho, sintiéndose edificado por la forma en que había recibido la extremaunción.

El postrer día de una larga existencia

Esa inolvidable escena se desarrolló en un clima de serenidad, impreg-

nado de una especie de luminosidad sobrenatural

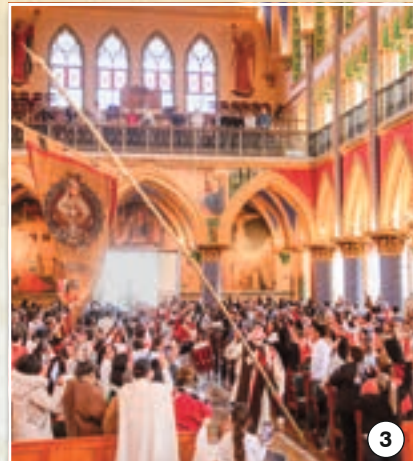
Desde hacía tiempo, Dña. Lucilia sufría de dificultades respiratorias, causadas por problemas cardíacos. En esta angustiante situación, era admirable observar con qué tranquilidad «gestionaba», si se puede decir así, la pequeña cantidad de oxígeno que conseguía inspirar. En ningún momento tuvo un estertor, ni siquiera un estremecimiento. Poco a poco, iba acostumbrando el organismo a las cantidades de aire cada vez menores que penetraba en sus pulmones. Se preparaba para morir en paz, sin pronunciar una sola palabra que denotase miedo o queja por los tormentos que suelen asaltar a los moribundos.

Trataba a todo el mundo con afabilidad y solicitud, procurando responder a todo lo que le preguntaban, aunque la falta de aire tan sólo le permitía pronunciar frases muy cortas. Aun así, en este estado, se desvió para consolar a una persona afligida que se encontraba junto a su lecho.

El último día de vida rezó, como siempre, todas sus oraciones diarias, en dirección a las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús y de María. Su semblante y sus gestos revelaban la mansedumbre del alma pura, la paz de espíritu y la alegría del deber cumplido, propias de quien ya ha hecho todos los sacrificios. Resplandecía en ella la altanería sin pretensiones de quien se ha inmolado por entero y, teniendo delante sólo la muerte y la eternidad, exclama con San Pablo: «He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe» (2 Tim 4, 7). Su alma estaba preparada para recibir en el Cielo la «corona de la justicia». ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 39-47.

Fotos: Jesse Arce



Francisco Tobón



Francisco Tobón

Colombia – La iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá, acogió el 9 de septiembre a los participantes del Encuentro Nacional del Apostolado del Oratorio María Reina de los Corazones (fotos 1 a 3). El día 19, el coro de los Heraldos animó la celebración del bicentenario de la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, de Boyacá (foto 5). Y también ese mes, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María estuvo en la ciudad de Tuluá, en el Valle del Cauca, donde visitó la Escuela de Policía Simón Bolívar (foto 4) y donde concedió sus bendiciones en el retiro de los miembros del Apostolado del Oratorio (foto 6).

Fotos: Sergio Céspedes



Piraquara (Brasil) – Copiosas gracias fueron derramadas en la «Tarde con María» realizada en la casa de los Heraldos del Evangelio, el 16 de septiembre, con la presencia del P. Ricardo José Basso, EP. El programa consistió en la solemne coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, una animada charla y la celebración de la santa misa.



Fotos: Tatiane Oliveira

Montes Claros (Brasil) – El 27 de agosto, los Heraldos del Evangelio tuvieron la alegría de recibir al arzobispo metropolitano, Mons. José Carlos de Souza Campos, en la iglesia de Nuestra Señora de los Clarísimos Montes. Después de la santa misa, los fieles se acercaron a saludar al prelado.



José Ferreira

Felipe Alencar

Estado de Bahía (Brasil) – El 7 de septiembre, fieles de la parroquia de Nuestra Señora Aparecida se reunieron en la casa de los Heraldos, en Lauro de Freitas, para una jornada de espiritualidad, con charlas de Mons. Valter Magno de Carvalho (foto 2) y Mons. Marco Eugenio Galrão Leite de Almeida, obispos auxiliares de Salvador. El día 10, el coro de los cooperadores animó la misa en honor de Nuestra Señora de los Mares, celebrada por Mons. Dorival Souza Barreto Júnior, también obispo auxiliar, en la capital bahiana (foto 1).



Fotos: Reproducción

Belém do Pará (Brasil) – Las festividades en honor de Santa María de Belén, celebradas el 2 de septiembre en la catedral metropolitana, contaron con la participación de los Heraldos del Evangelio. La misa solemne fue presidida por Mons. Teodoro Mendes Tavares, CSSp, obispo de Ponta de Pedras.



Fotos: Gustavo Ojeda



Paraguay – El 24 de septiembre, los colaboradores de los Heraldos del Evangelio llevaron a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a la penitenciaría de Tacumbú, de Asunción. La visita finalizó con una misa celebrada por el cardenal Adalberto Martínez Flores, arzobispo metropolitano, a la que asistieron autoridades del Ministerio de Justicia.



Fotos: Aida de Mérida



Guatemala – Los ancianos de la Residencia Valentina, de Ciudad de Guatemala, recibieron el 10 de agosto la visita del oratorio del Inmaculado Corazón de María (foto 1). El 7 de septiembre, la imagen de la Santísima Virgen llevó también aliento a los pacientes en tratamiento con hemodiálisis de la Fundación Amor (fotos 2 y 3).



Fotos: Ángelo Chitsoliso



Sudáfrica – La imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María fue llevada en animada procesión por las calles de la ciudad de Bronkhorstpruit, con motivo de la clausura del retiro del Sodalicio Mariano, el 19 de agosto. A continuación tuvo lugar una solemne celebración eucarística, presidida por Mons. Masilo John Selemela, obispo auxiliar de Pretoria.



Italia – Los fieles de la iglesia de San Benedetto in Piscinula, de Roma, se consagraron el 24 de septiembre a los santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael (foto 1). Ese mes, los Heraldos del Evangelio también llevaron a cabo una misión mariana en la pequeña ciudad de Cianciana, de Sicilia (fotos 2 y 3), con procesiones, viglias, catequesis, momentos de oración y visitas a enfermos y ancianos.



México – El 15 de julio los Heraldos realizaron una «Tarde con María» en la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles, de Puebla. El programa comenzó con una charla de catequesis, seguida del rezo del rosario, la coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María y la santa misa.



Mozambique – Dos enfermos de la Comunidad San Vicente, de Matola-Gare, recibieron el 19 de agosto el sacramento del Bautismo (fotos 1 y 2). Días después, los heraldos mozambiqueños ofrecieron una presentación musical para los mayores del asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados (foto 3), con motivo de la visita de Mons. Francisco Chimoio, OFM Cap, arzobispo emérito de Maputo.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Contratan a un joven por rezar

Un hecho insólito ha dado la vuelta al mundo en las redes sociales con una valiosa lección para nuestros días, donde hay tantos que se avergüenzan de manifestar públicamente su fe. Ése es el caso de un joven que fue a entregar su currículo a una sucursal de la empresa brasileña Grupo Mateus, solicitando un puesto de trabajo.

Como no había nadie que recibiera la documentación, la empresa había colocado un buzón destinado a tal efecto, y el joven depositó en él sus papeles y luego se arrodilló para pedirle a Dios que lo ayudara a conseguir el empleo. Un guardia que observaba la escena a través de las cámaras de seguridad sacó una fotografía y se la mostró a los responsables, quienes de inmediato contrataron al joven.

Jornada Nacional del Rosario de Hombres en Brasil

El 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, los brasileños celebraron por primera vez la Jornada Nacional del Rosario de los Hombres, efeméride sancionada por la ley federal 14.558 de marzo de 2023. El movimiento, que abarca a 2,5 millones de hombres en el país, celebró la fecha con una gran peregrinación al Santuario Nacional de Aparecida, mientras otros participantes se reunían en sus propias ciudades para rezar el rosario.

El Rosario de Hombres tiene una larga historia en Brasil, con relatos de

varones que desde la época imperial se congregaban para rezar. Sin embargo, sólo en 1997 es cuando comenzaron a organizarse oficialmente, y hoy sus miembros se encuentran con regularidad para dar este importante testimonio de fe en la inmensidad de la Tierra de Santa Cruz.



Reproducción

Vida religiosa en la frontera con Corea del Norte

En una de las fronteras más peligrosas del mundo, un grupo de religiosas de la Orden de la Visitación reza diariamente por la conversión de Corea del Norte. Así lo declaró a la revista española *Misión*, en su último número, una de las hermanas que vive allí. Su monasterio, ubicado en Jeongo PUE (Corea del Sur), está rodeado de bases militares y, en un profundo deseo de paz, colocaron el sagrario de su capilla en dirección a la amenazante frontera con Corea del Norte.

La comunidad, integrada hoy por siete religiosas colombianas y tres coreanas, llegó al país asiático en 2005 y, tras muchas dificultades culturales y económicas, se estableció en la región como un signo de fe y esperanza para los católicos del país.

Científicos estudian los beneficios de la confesión

La Fundación John Templeton inició en septiembre un estudio científico con el objetivo de investigar el impacto benéfico de la confesión a corto, medio y largo plazo, analizando desde un punto de vista psicológico y social los efectos del perdón divino, como el alivio emocional y el retorno a la armonía interior después de la absolución sacramental.

Bajo el título *Perspectivas psicológicas sobre el perdón divino: un estudio de método mixto sobre la confesión entre católicos de habla hispana*, la pesquisa combinará numerosas herramientas de cognición social, psicología moral, ciencia afectiva y cognitiva de la religión, recogiendo datos hasta septiembre de 2025 de católicos españoles e hispanoamericanos, y contará con la participación de académicos de universidades de España y Estados Unidos.

Sacrilegio y hurto en un santuario español

El 19 de septiembre unos delincuentes invadieron el santuario de Nuestra Señora de las Flores, patrona de la localidad malagueña de Álora (España), profanaron el sagrario, sustrayendo un copón y esparciendo las hostias consagradas sobre el altar, y robaron el Niño Jesús, una pequeña talla en madera regalada al pueblo por Isabel la Católica en 1502, así como la corona y el manto bordado en oro y adornado de joyas que llevaba la Virgen.

El suceso está siendo investigado por la Guardia Civil, que apunta a que se trata de un robo profesional, pues los ladrones forzaron rejillas y cristales blindados sin dejar una sola huella. Consternados por el sacrilegio cometido y el daño sufrido a su patrimonio histórico, los fieles promovieron un acto de reparación el 22 de septiembre.

Las personas casadas y con hijos son más felices

Un estudio realizado en Estados Unidos en 2022 por la Encuesta Social General reveló que el matrimonio y la familia están fuertemente relacionados con la felicidad. De los entrevistados, el 40% de las mujeres y el 35% de los hombres, casados y con hijos, se declararon «muy felices», mientras que las cifras de quienes se sienten así sin familia y sin compromisos conyugales descienden al 12% y al 22%.

Estos datos confirman investigaciones recientes llevadas a cabo en el mismo campo por la Universidad de Chicago, y hacen menos convincente el mito propagado de que los solteros sin hijos son cada día más felices.

Devotos franceses restauran calvarios en su país

SOS Calvaires, una iniciativa de católicos franceses dedicada a restaurar cruces completamente destruidas o tiradas en el suelo por falta de conservación, ha alcanzado nuevos récords en 2023: más de 300 miembros activos en 65 filiales, más de 250 cruces restauradas o creadas —cinco de ellas erigidas en Irlanda— y un total de 23.350 calvarios referenciados en una aplicación de la asociación para conocimiento de sus seguidores.

Con esta piadosa labor, SOS Calvaires desea reavivar la figura de Cristo en el corazón de los franceses, manteniendo y restaurando en su nación el principal símbolo de la cristiandad: la santa cruz donde el Señor redimió a la humanidad.

Un seminarista muere quemado en Nigeria

Naamán Ngofe Danlami, un joven seminarista de 25 años, murió quemado en un ataque perpetrado por extremistas de la etnia fulani, el 7 de sep-

tiembre. Hacia las 8 de la tarde, los delincuentes rodearon la casa parroquial de San Rafael, de Kafanchan, en el estado nigeriano de Kaduna. La intención de los atacantes era secuestrar al párroco, el P. Emmanuel Okolo, pero al ver frustrados sus planes le prendieron fuego a la casa. El párroco y su asistente lograron escapar con vida, pero el joven Naamán murió dentro del edificio en llamas.

El obispo de Kafanchan, Mons. Julius Yakubu Kundi, lamentó la pérdida del seminarista y denunció la inacción de las fuerzas militares que se encontraban a sólo un kilómetro de distancia, en un país donde los católicos viven actualmente una de las peores persecuciones registradas en este siglo.

Descubrimiento arqueológico en Tierra Santa

Los especialistas que trabajan en el sitio arqueológico de Tel Shiloh, en Tierra Santa, anunciaron el hallazgo de los cimientos de un enorme edificio que, según las evidencias encontradas y los datos históricos aportados por la Biblia, podría ser el tabernáculo de Silo, un santuario frecuentemente mencionado en la Sagrada Escritura.

Allí fue donde reposó el arca de la alianza durante casi 400 años, hasta que el rey David decidió trasladarla a

Jerusalén para construirle un templo. Según el director de las excavaciones, el Dr. Scott Stripling, si se confirman las hipótesis, los arqueólogos serían capaces de indicar la ubicación del Santo de los Santos, el lugar exacto donde se hallaba el arca de la alianza.



Reproducción

Nuevo santuario dedicado a San Miguel en la India

La diócesis india de Guntur se regocija con la inauguración, el 18 de septiembre, de su primer santuario internacional, consagrado al arcángel San Miguel. La ceremonia de dedicación del altar estuvo presidida por el nuncio apostólico en la India, Mons. Leopoldo Girelli, y contó con la presencia de varios obispos, sacerdotes y fieles de la región.

El nuevo santuario, que atiende a las necesidades de más de 4.000 feligreses y está ubicado en la ciudad de Pedavadlapudi, estado de Andhra Pradesh, fue erigido en el sitio de la antigua iglesia parroquial de San Miguel, construida en 1942.



Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano








Un paseo en globo

Alberto se asustó mucho en cuanto empezó a subir el aerostato. ¡Un viaje inolvidable se iniciaba para él!



✚ Hna. Emelly Tainara Schnorr, EP

«**iB**uaaa! ¡Buaaa!», lloraba Alberto. Como era un niño extremadamente comunicativo, tanto el llanto como la risa se esparcían por toda la casa. Con tan sólo 6 años ya demostraba ser muy inteligente y precoz.

¿Qué le había pasado?

Por la mañana tenía que despertarse de un sueño profundo, vencer la pereza, obedecer a sus padres e ir a la misa dominical con su familia.

Después de la comida, salió a jugar con sus amigos del barrio. Uno de ellos tenía un cochecito nuevo y el demonio insufló un mal deseo en el corazón de Alberto, instigándole a que se apoderara del juguete y lo disfrutara a escondidas. Pero ¡era un error!, y no cedió a esa fea sugerencia, a pesar de que la tentación continuó todo el tiempo de juego. Esta lucha le arruinó la diversión de la tarde, dejándolo muy agotado.

Durante la cena, con todos sentados a la mesa —excepto su madre, que estaba terminando de preparar la comida en la cocina—, se inició una conversación sobre estudios. Sus hermanas comentaban la dificultad que tenían con ciertas asignaturas, y Alberto añadió su atranco en Geografía. Aunque para no parecer un «burro», se le ocurrió que podría echarle toda la culpa al profesor, diciendo que era muy estricto, que no enseñaba fotos,

ni les permitía a los alumnos que hicieran maquetas o clases más atrayentes... Sin embargo, al darse cuenta de que mentir de esa manera estaría muy mal, se quedó calladito. Hasta que, faltando poco para terminar la comida, el niño se deshizo en lágrimas, sin dar ninguna explicación a los presentes. Su madre afirmó que tendría sueño; entonces su padre lo llevó a la cama.

Alberto cavilaba bajo la manta, sin lograr explicarse la causa de su tristeza. En el fondo, quería entender por qué nunca podía ceder a sus inclinaciones, sino que siempre necesitaba esforzarse para hacer la voluntad de sus padres o cumplir los mandamientos de Dios, que ya conocía en tan tierna edad. El problema seguía girando en su cabeza hasta que se quedó dormido.



Soltaron la cuerda que lo aseguraba al suelo y Alberto se quedó solo: «¿A quién le voy a pedir ayuda?»

Al día siguiente, lo despertó su padre diciendo:

—Levántate. ¡Tengo una sorpresa para ti!

—Buenos días, papá.

—Hijo, hoy es festivo y no hay clases. Vámonos de paseo.

Una hora después, desayunados, iban ya camino de la misteriosa excursión... El muchacho sólo se enteró cuando llegaron: ¡era un parque enorme donde se podía volar en globo!

—¡Qué fascinante! —exclamó entusiasmadísimo.

Se montó en la barquilla, encendieron la llama y comenzó a hincharse.

—Papá, ¿no vienes conmigo?

—No. Ve solo, que es seguro.

—¡Pero tengo miedo!

—Tranquilo. Reza para que todo vaya bien. No hay peligro.

Durante el breve diálogo, el globo iba elevándose. Soltaron la cuerda que lo aseguraba al suelo y Alberto se encontró en el aire. «¡Dios mío! ¡No me acompaña nadie! ¿A qué santo le voy a pedir ayuda?». Hizo un repaso de memoria de todos los que conocía y se acordó de la imagen de San Alberto Magno, su patrón, que la tenía sobre un mueble en la cabecera de su cama. «¡Ah, será él! —decidió— ¡San Alberto, ayúdame, que tengo miedo! ¡San Alberto, no dejes que me caiga! ¡San Alberto, cuida este globo!». Y cada vez subía más...

—¡Este paseo será inolvidable! —le dijo alguien.

Cuando miró hacia donde venía la voz, vio a un anciano con mitra episcopal, vestido con hermosos ornamentos y de báculo en mano. Y el hombre prosiguió:

—¿No me has invocado? Soy tu santo patrón. Te voy a llevar más alto de lo que imaginas.

El globo se distanciaba de tierra firme y pasó más allá de las nubes. Llegaron a un lugar lindísimo, un nuevo mundo lleno de colores, vida, belleza, atractivo, encanto.

—¿Dónde estamos? —le preguntó el niño.

—¡Esto es el Reino de los Cielos! —respondió el santo.

Enseguida, se encontraron con un grupo de luminosos bienaventurados. De ellos salía mucha luz, pero había partes de sus cuerpos especialmente resplandecientes: ora los ojos, las piernas, el torso o la cabeza, ora la lengua o las orejas, etcétera. Su presencia transmitía suavidad, paz y alegría.

—¡Qué hermosos son! —exclamó Alberto.

—¡Oh, sí! Ése es el coro de los que tuvieron alguna dolencia en vida. En sus enfermedades se unieron a la Pasión de Cristo, ofreciendo pacientemente todos sus sufrimientos y cantándole al Señor un continuo himno de acción de gracias —explicó el obispo.

—¡Por eso tuvimos que subir tanto para llegar hasta ellos!

San Alberto sonrió, intensificó la llama y el aerostato se elevó aún más. Los dos sobrevolaron un segundo grupo de bienaventurados. Tenían mayor gloria y sus corazones eran como el sol.

—¿Y estos quiénes son? —preguntó el pequeño.

—Son los que hicieron obras de caridad. Acogieron, hospedaron, cuidaron y sirvieron a los pobres, peregrinos y enfermos. No rechazaron ningún sacrificio por amor al Redentor; de hecho, veían a Cristo en todos los

desafortunados y de allí sacaban fuerzas para su trabajo.

—¡Vaya! Cuando sea adulto trataré de ser como ellos, para hacer feliz a Dios.

—Todavía no se ha acabado, Alberto.

—¿De verdad?!

El celestial amigo volvió a intensificar el fuego y subieron a otro nivel en el Paraíso. Desde lo lejos se podía sentir un perfume suavísimo y un magnífico bienestar. Ambos se acercaban a otro grupo. El niño indagó:

—¿Qué virtudes practicaron en la tierra?

—Mi querido protegido, estás delante de los anacoretas del desierto. Renunciaron a todos los placeres, incluso a los más lícitos, para dedicarse a la penitencia.

Alberto se fijó que su fisonomía era seria, pero al mismo tiempo llena de ligereza, lo que les confería una increíble dignidad. Y el santo añadió:

—Vencieron todas las sugerencias del demonio, del mundo y de la carne; por otra parte, vivieron en oración, en ininterrumpida convivencia con lo sobrenatural.

Levantando sus ojitos hacia su bondadoso amigo, el muchacho exclamó admirado:

—¡Qué camino tan difícil eligieron!

El prelado sonrió, dando a entender que aún quedaba más por conocer. Esta vez el aerostato voló alto, muy alto. Allí estaban Jesús y María, sentados en sendos tronos. A su alrededor había muchos santos, contentísimos con la convivencia de la que disfrutaban.

—Alberto, ¿te das cuenta de lo satisfechos que están nuestros Reyes con esos servidores?

—¡Sí! Quiero que los dos estemos muy cerquita de ellos, como estas almas. ¿Qué hicieron para tener tan gran recompensa?

—Renunciaron a su propia voluntad para hacer siempre la de Dios, obedecieron los mandamientos, a sus



De repente, vivió a San Alberto a su lado! El santo lo llevaría más alto de lo que imaginaba...

padres y a sus superiores. Sometieron sus deseos al yugo de la obediencia, simbolizado por las brillantes cadenas de oro que llevan alrededor del cuello. Su premio es ser, en el Cielo, los más íntimos de Jesús y de María.

—Pero, San Alberto, ¿los anteriores no hicieron también la voluntad del Señor?

—Es cierto, aunque de otra manera. Aquellos siguieron la voz del Señor que les hablaba al corazón; éstos obedecieron a otros, reconociendo en ellos la palabra de Jesús. Aquellos adquirieron gran mérito; pero éstos obtuvieron mayor gloria sacrificando sus propias inclinaciones.

Dicho esto, el celestial obispo comenzó a enfriar el aire del globo. El pequeño entendió que ya era hora de irse. Faltando poco para aterrizar, San Alberto le dijo:

—Puedes ser como cualquiera de los tres primeros coros. Lo mejor sería como el batallón de los obedientes. Vuelve a tu vida cotidiana y practica lo que has aprendido hoy. Te ayudaré siempre. Te he llevado al Cielo en un globo, ahora quiero conducirte allí a través de la virtud. ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Solemnidad de Todos los Santos.

Beato Rainiero Aretino, religioso (†1304). Franciscano admirable por su humildad, pobreza y paciencia. Falleció en Sansepolcro, Italia.

2. Conmemoración de todos los fieles difuntos.

Santa Winefrida, virgen (†c. s. VII). Instruida por su tío San Beuno, progresó rápidamente en la práctica de la virtud, abrazando la vida monástica en Holywell, Gales.

3. San Martín de Porres, religioso (†1639 Lima, Perú).

San Juanicio, monje (†846). Abandonó el ejército imperial para vivir como ermitaño en el monte Olimpo y luego ingresó al monasterio de Antidio, Turquía.

4. San Carlos Borromeo, obispo (†1584 Milán, Italia).

Beata Francisca de Amboise, viuda (†1485). Casada con Pedro II, duque de Bretaña, fundó el primer Carmelo femenino de Francia en Vannes, adonde se retiró al enviudar.

5. XXXI Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Ángela de la Cruz, virgen y fundadora (†1932 Sevilla, España).

San Geraldo, obispo (†1123). Hombre de admirable sencillez, brilló por su profunda humildad como canónigo regular de San Agustín y más aún como obispo de Béziers, Francia.

6. Santos Pedro Poveda e Inocencio de la Inmaculada, presbíteros, y compañeros, mártires (†1934-1936 España).

Beata Cristina de Stommeln, virgen (†1312). A la edad de

12 años ingresó en la comunidad de beguinas de Colonia, Alemania, y a los 15 recibió los estigmas de la Pasión.

7. San Pedro Wu Guosheng, mártir (†1814). Convertido a la fe católica, dejó su trabajo de hostelero para convertirse en catequista. Al negarse a apostatar, fue estrangulado en Zunyi, China.

8. Beata María Crucificada Sate-llico, abadesa (†1745). Superiora del monasterio de las clarisas de Ostra Vetere, Italia, favorecida por fenómenos místicos.

9. Dedicación de la Basílica de Letrán.

Beato Gabriel Ferretti, presbítero (†1456). Sacerdote franciscano que brilló por su solicitud con los niños y enfermos y por su obediencia y la observancia de la regla. Falleció en el convento de Ancona, Italia.

10. San León Magno, papa y doctor de la Iglesia (†461 Roma).

San Justo de Canterbury, obispo (†627). Religioso benedictino

enviado por San Gregorio Magno a Inglaterra para ayudar a San Agustín de Canterbury en la evangelización.

11. San Martín de Tours, obispo (†397 Candes-Saint-Martin, Francia).

Beata Vicenta María, virgen (†1855). Junto con el Beato Carlos Steeb, fundó el instituto de las Hermanas de la Misericordia de Verona, Italia.

12. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Josafat, obispo y mártir (†1623 Witebsk, Bielorrusia).

San Nilo de Ancira, abad (†c. 430). Discípulo de San Juan Crisóstomo, difundió en sus escritos la doctrina ascética. Murió en las proximidades de la actual Ankara, Turquía.

13. San Leandro, obispo (†c. 600 Sevilla, España).

San Nicolás I, papa (†c. 867). Por su energía apostólica, consolidó la autoridad del romano pontífice en toda la Iglesia.

14. Beata María Teresa de Jesús, virgen (†1889). Religiosa de la orden Carmelita, fundó en Montevarchi, Italia, el instituto de las Hermanas de Nuestra Señora del Monte Carmelo.

15. San Alberto Magno, obispo y doctor de la Iglesia (†1280 Colonia, Alemania).

Beata Lucía Broccadelli, religiosa (†1544). Tanto en su vida matrimonial como en la Tercera Orden de Santo Domingo tuvo que soportar con paciencia muchos sufrimientos y humillaciones. Murió en el monasterio fundado por ella en Ferrara, Italia.



Nheyob (CC by-sa 4.0)

Santa Cecilia - Iglesia de San Patricio, Junction City (Estados Unidos)

16. Santa Margarita de Escocia, reina (†1093 Edimburgo, Escocia).

Santa Gertrudis, virgen (†1302 Helfta, Alemania).

San Otmar, abad (†759). Fundó, en tierras de la actual Suiza, un pequeño hospital para leprosos y un monasterio bajo la regla benedictina. Las intrigas de vecinos poderosos provocaron su deportación a una isla del Rin, donde murió en el exilio.

17. Santa Isabel de Hungría, viuda (†1231 Marburgo, Alemania).

Beata Salomé, abadesa (†1268). Noble polaca casada con el rey de Halicz, antiguo reino de Europa del Este. Tras la muerte de su esposo, se hizo religiosa clarisa.

18. Dedicación de las basílicas de los santos Pedro y Pablo, apóstoles.

Beato Leonardo Kimura y compañeros, mártires (†1619). Religioso jesuita que, por defender el nombre de Cristo, fue quemado vivo junto a cuatro compañeros en Nagasaki, Japón.

19. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Abdías, profeta. Después del exilio del pueblo de Israel, anunció la ira del Señor contra los pueblos enemigos.

20. Beata María Fortunata Viti, virgen (†1922). Religiosa del convento benedictino de Veroli, Italia, donde pasó más de setenta años de vida recogida, desempeñando humildes oficios.

21. Presentación de la Santísima Virgen María.



Andreas F. Borchert (CC BY-SA 4.0)

San Carlos Borromeo - Catedral de San Muiredach, Ballina (Irlanda)

San Rufo. En su carta a los romanos, San Pablo lo llama «el elegido del Señor».

22. Santa Cecilia, virgen y mártir (†s. inc. Roma).

San Benigno, obispo (†c. 470). En la gran perturbación causada por las invasiones bárbaras, gobernó la diócesis de Milán con sumo tesón y piedad.

23. San Clemente I, papa y mártir (†s. I Crimea).

San Columbano, abad (†615 Bobbio, Italia).

Santa Cecilia Yu So-sa, mártir (†1839). Viuda casi octogenaria encarcelada durante la persecución en Corea, murió exhausta a consecuencia de las numerosas palizas a las que fue sometida.

24. Santos Andrés Dung-Lac, presbítero, y **compañeros**, mártires (†1625-1886 Vietnam).

San Colmano, obispo (†604-608). Poeta de la corte de Cashel, Irlanda, se hizo cristiano y fue el primer obispo de Cloyne.

25. Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir (†s. inc. Egipto).

Beata Isabel Achler, virgen (†1480). Llamada «la Buena», vivió reclusa en el convento de la Tercera Orden Regular de San Francisco, en Reute, Alemania, donde practicó admirablemente la humildad, la pobreza y la mortificación corporal.

26. Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

San Siricio, papa (†399).

San Ambrosio lo alaba como un verdadero maestro, porque asumió la responsabilidad de todos los obispos, los instruyó con las enseñanzas de los Santos Padres y los confirmó con su autoridad apostólica.

27. San Gulstano, monje (†c. 1040). Se hizo famoso en el monasterio de Rhuys, Francia, porque, a pesar de ser analfabeto, cantaba el salterio de memoria y brindaba asistencia a los navegantes.

28. San Andrés Tran Van Trong, mártir (†1835). Por negarse a pisar la cruz, fue arrestado y, después de numerosas torturas, degollado en Kham Duong, Vietnam.

29. Beata María Magdalena de la Encarnación, virgen (†1824). Fundó en Roma el instituto de las Adoratrices Perpetuas del Santísimo Sacramento.

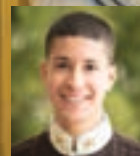
30. San Andrés, apóstol.

San Gálgano Guidotti, eremita (†1181). Después de una juventud disipada, pasó el resto de su vida como penitente en una ermita en el monte Siepi, en la Toscana, Italia.

Monumentos de esperanza católica

Mientras descansan plácidamente, sobre ellos incide la divina Revelación bajo la tutela de la Iglesia, convirtiéndolos en auténticos testamentos de fe en el triunfo de Nuestro Señor Jesucristo sobre el pecado y la muerte.

✠ Javier Antonio Sánchez Vásquez



La verdadera Iglesia sonríe serenamente ante la muerte como ninguna otra religión lo hace, afrontando el desenlace de la vida en la tierra con la esperanza de una gloria imperecedera.

Una fiel expresión artística de este espíritu católico son las estatuas yacentes medievales. Efigies funerarias talladas en mármol con riguroso esmero que invitan a elevar el espíritu: todo en ellas habla de recogimiento, de humildad y de paz. Aunque la piedra es gélida, algo del fervor religioso de las personas representadas ahí se irradia a su alrededor. Se diría que la piedad que otrora practicaron se prolonga en el tiempo: continúan rezando y su fe, catequizando, aunque ya no estén entre nosotros.

Pero ¿cuál es la finalidad de un sepulcro sino albergar los restos de quienes una vez vivieron? Pues

bien, los medievales hicieron de estos espacios funerarios monumentos de esperanza católica. Podrían hacer suyas las palabras de San Paulino de Nola: «Para mí el único arte es la fe; y Cristo, mi poesía».¹ En este período de la historia, ¡el arte era catequesis!

Emperadores y reyes, príncipes y princesas, obispos y caballeros, yacen cada uno con sus respectivas insignias y las manos en posición de oración. Curiosamente, están ausentes las notas de tristeza y melancolía que acompañan a la muerte; las esculturas ignoran, como olvidando lo superfluo, los males de la vida y la cruel agonía. De esos momentos de sufrimiento, el medieval sólo retuvo la seriedad y el equilibrio, como frutos inalienables del dolor aceptado con alegría. En resumen, aquellos semblantes parecen decirnos: morir bien es lo importante en esta vida.

También hablan de espera, recordándonos un importante aspecto de nuestro destino definitivo: la resurrección final, cuando las almas regresarán a sus cuerpos. En efecto, para los que dejan este mundo en amistad con Dios, es decir, en estado de gracia, la muerte no es el final, sino el tránsito a la vida sin fin.

¿Qué otra lección nos dan esas estatuas yacentes medievales?

La costumbre de construir monumentos fúnebres viene de lejos. Basta pensar en los sarcófagos del antiguo Egipto. Este pueblo creía en la regeneración de la vida humana después de la muerte y, por ello, desarrollaron un cuidadoso proceso para la conservación de los cadáveres en preciosos ataúdes.

Tanto estas tumbas de la Antigüedad como las esculturas funerarias del período medieval sirven de *post scriptum* de una época. De hecho, en la forma como una



Guilhem Velut (CC by 2.0)

Arriba y al fondo, esculturas yacentes de reyes y reinas de Francia;
abajo, estatua de Roberto II, conde de Artois - Basílica de Saint-Denis, Francia

civilización considera la muerte se manifiesta su manera de vivir. Naturalmente, entre un sarcófago egipcio y una estatua yacente medieval la diferencia es enorme.

Los monumentos funerarios de los egipcios merecen atención y estudio. Sin embargo, a pesar de la milenaria inmovilidad de las momias, hay algo perennemente incómodo en ellas. Están «envueltas» por incógnitas nunca esclarecidas. En el sepulcral silencio en el que

yacen, sus sarcófagos no dejan de transmitirle una última palabra a la historia, con cierta inquietud, como si reconocieran: «La inmortalidad, no la hemos encontrado. ¿Dónde está?».

Las estatuas yacentes medievales, por su parte, descansan plácidamente. Sobre ellas incide la luz de la divina Revelación, bajo la tutela de la Iglesia. Se ha definido su *post scriptum*: un auténtico

testamento de fe en el triunfo de Nuestro Señor Jesucristo sobre el pecado y la muerte.

Los muertos enterrados allí descansan en Cristo: duermen en paz, hasta que resurjan con sus cuerpos para la gloria eterna. ✧

¹ SAN PAULINO DE NOLA. *Poema XX*: PL 61, 552.



Serenidad ante el riesgo

*E*n la antigua Alejandría, en una época en la que los cristianos se dejaban llevar por la tibieza y la excesiva acomodación ante la idolatría pagana, Dios suscitó a Santa Catalina para que, con su luz interior y su celo inflamado, reavivara en ellos el fervor católico.

Sus palabras, su ejemplo y su glorioso martirio convirtieron a muchos que, tal vez, de otra manera no se habrían salvado.

Debemos pedirle a ella que, cuando surjan circunstancias en las que tengamos que afrontar riesgos o, quizá, hasta perder la vida en la lucha contra los adversarios de la Santa Iglesia, conservemos esa serenidad que sólo la gracia da ante la muerte.

Que en todas las ocasiones de la vida tengamos, ante el riesgo, esta calma llevada al sacrificio extremo, si así es la voluntad de la Santísima Virgen.

Plinio Corrêa de Oliveira